

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 21 de Julio

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Qué hora es...?

El pedagogo Lorenzo Luzuriaga.....	E. Giménez Caballero
Cartas.....	
Decreto.....	
La africanización de América.....	Camilo Barcia Trelles
Mecenas de Wall Street.....	Armando Zegri
Caciques, reyezuelos, faraones.....	J. Pijoán
Sólo Sandino representa a Nicaragua.....	Manuel Ugarte

Página lírica.....	Gabriela Mistral
La Lección de Güiraldes.....	Félix Lizaso
Guillermo Valencia.....	Rudolf Schuller
Las viñas de Engadi.....	Alvaro Melián Lafinur
Noticia de libros.....	R. Brenes Mesén y Jorge Luis Borges
Amanecer.....	Mariblanca Sabas Alomá
Tablero.....	

Como la casta montañesa de los Viking en el mundo ario, así descendió sobre el mundo español—hace una docena de años—la casta de los *Agas* nórdicos.

¿Qué casta ésa de los *Agas*? La de los vascos. (Luzuriaga, Olariaga, Madariaga, Uzandizaga, Zuloaga... Y sus contreráneos y sinónimos (*Agas* honorarios): Urgoiti, Echevarrieta, Unamuno, Baroja, Grandmontagne, Araquistain, Zulueta, Abascal, Bastera, Salaverria, Urabayen, Arteta, Echevarría... No citamos más. Una casta auténtica: una minoría selecta, montaraz y conquistadora que, como una hueste de ases, se abalanzó sobre la Península e instaló su genio director en los negocios culturales españoles. (¿Hace una docena de años? Digamos mejor, del 900 a la Gran Guerra). Del 900 a la fundación de El Sol, 1917. El Sol: supremo campamento de la egregia estirpe de los *Agas*, reducto hercúleo de los bravos montañeses, de los Viking vascos, regidores de la nueva España.

(Es curioso el fenómeno de que tras esa genial avalancha la aportación se detuvo. Hoy puede decirse que el país vasco ha suspendido casi en absoluto el abastecimiento de eminencias a la vida señorial de España. La cual comienza a nutrirse, cada vez más sensiblemente, con las castellanoandaluzas).

Uno de esos campeones, un legítimo *Aga*, Luzuriaga el pedagogo.

Vedle: Macizo, seguro, heráclida. Empuje agresivo. Cuello atorado. Gestos sanguíneos. Ancha frente capaz. Aljaba con flechas de entusiasmo. Una figura de respunteado perfil. Re-



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugerencias, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

VISITAS LITERARIAS

El pedagogo Lorenzo Luzuriaga

cortable, por tanto. Delimitable y característica de una generación.

Oyendo hablar a Lorenzo Luzuriaga se va dibujando—sin querer—sobre el papel una estructura de algo con principio y con finalidad. Algo muy envidiable: «el tipo del que supo de dónde venía y adónde quiso ir». Nada de vaguedades. Nitidez, claridad, salud.

Luzuriaga entró en lid a la perfecta edad lidiadora: los veinte años.

Era el «hijo de maestro», con voluntad de ser maestro y de superar toda hazaña de su abuelo magistral.

La infancia de Luzuriaga fue un saber continuo de escuelas, y que sus *loci peregrinationes* eran las escuelas, y que la escuela resultaba su paisaje, la cosa en sí de su vida.

No hay que extrañarse si a los diez y siete años se enlaza libre, espontánea y certeramente a todos los grados universitarios de calidad superior existentes en España: Giner, Cossio, Simarro. Y Ortega. Con la suficiente sensibilidad para discernir que todo lo anterior a eso entraba en nuestro país en cierta zona caótica y retardataria.

Lorenzo Luzuriaga es uno de los primeros discípulos de José Ortega y Gasset. Cuando Ortega, recién venido de su esencial peregrinaje marburgiano,

«abrió tienda» (que diría Nebrija) de filosofía en la Escuela Superior del Magisterio (1909).

Con Luzuriaga oyen las primeras lecciones—lecciones apretadas, doctrinarias, sustanciosísimas—del maestro Ortega dos mujeres: María de Maeztu. Y María Luisa Navarro.

—¿Usted conoció allí a su mujer, Luzuriaga?

—Sí. Era compañera mía de cursos. Su carácter independiente y vital me hizo enamorarme de ella en seguida. A los veintidós años me casé. Estudiando casi. Y al año siguiente ya nos fuimos con el primer hijo a Alemania. Yo, pensionado. Pero la guerra nos hizo volver al año.

—¿Dónde utilizó su pensión?

—En Berlín y en Jena. Siguiendo a Sprangger y a Rein.

—Vuelto a Madrid, ¿qué hizo?

—Yo era amigo de todos los marburgianos y del grupo de jóvenes estudiosos (Morente, Américo Castro, Moreno Vila, Orueta, Alberto Jiménez, Joaquín Álvarez, etc.), con los que había convivido idealmente en aquella famosa república de la calle de Serrano, 36, cuyo espíritu iba a trasladarse a la actual Residencia de Estudiantes.

—¿Había ya publicado algo?

—Sí. En 1913, las *Direcciones actuales de la pedagogía en Alemania*, única contribución a este tema. Una selección de trozos de Kant, Pestalozzi y Goethe.

Y trabajé en dos volúmenes de *Documentos para la historia escolar de España*, que ahora volveré, por cierto, a rehacer para un encargo de ese tipo.

—Pero su vida de publicista pedagógico propiamente tal, ¿cuándo empezó?

—En 1915, con la revista *España*. Y en seguida (1917), con *El Sol*, cuya *Hoja de pedagogía* dirigí de 1917 a 1922. Ya en 1918 publiqué *La preparación de los maestros*. Y en el 19, *El analfabetismo en España*, y en el 20, *Ensayos de pedagogía e instrucción pública*, y en el 21, *La enseñanza primaria en Europa y en las repúblicas hispanoamericanas*.

—¿Y su *Revista de Pedagogía*?

—Mi *Revista de Pedagogía* debutó en 1922. Fue el primer ensayo de que una publicación especializada podía vivir por sí, independiente de ayudas oficiales y oficiosas. Hoy es la más garantizada en España de su tipo, en prestigio de colaboradores y exacta información.

—¿Y qué otros núcleos de actividad logró usted?

—Como inspector de Primera Enseñanza, quedé adscrito al Museo Pedagógico de Madrid desde 1915. Luego entré como secretario técnico de la Sección de Relaciones Culturales del ministerio de Estado. Además de mi *Revista* escribo en otras extranjeras, sigo en *El Sol* con temas de educación y colaboro en la redacción de la *Revista de las Españas*. Como extensión radial de mí mismo represento en España a *Liga Internacional de Educación Nueva*.

—¿Y cómo ve el panorama educacional en el mundo de hoy?

—En mi librito *Concepto y desarrollo de la nueva educación* he expuesto todos mis puntos de vista. La educación nueva no es finalista. Es simplemente vitalista, pragmática. Conceptos éstos lanzados, sobre todo, por el americano Dewey. Y luego enriquecidos por Kerschens-teiner, Claparède, Coussinet, Montessori, Decroly, etc.

—¿Ortega es el mejor pensador de cosas pedagógicas en España?

—Sin duda, en relación con la filosofía. Luego veo a Zulueta, de tipo idealista, un poco ecléctico en sus preferencias. Y nombres meritisimos, aunque ya más bien técnicos: Barnés, Santullano, Castillejo, Alberto Jiménez. Los maestros Llorca, Huesó, Xondai. Y el maestro de todos, Cossio.

—¿Y Bello?

—Excelente escritor y propagandista, gran entusiasta al servicio de este tema ocasional.

—Y entre los jóvenes pedagogos, ¿quién se va destacando?

—Pues en Cataluña, Mira, Xiráu, Martín Alpera. Y en el resto de España, Antonio Ballesteros, Fernando Sáinz, Leonor Serrano, Rodolfo Llópiz, Bargalló, Causí y otros que no cito por no alargar el recuerdo.

—Y la situación pedagógica de España, ¿cómo la ve?

—Hemos mejorado mucho. Hoy

somos un pueblo *enterado*. Todavía nos falta originalidad creadora. Y consolidación de instituciones.

—Políticamente, ¿es usted liberal?

—Sí. Pero esto no basta. Aún hay mucho que hacer. Una educación total del individuo hispano. En cuanto a regionalismo, acepto el bilingüismo a condición de una lengua común de vehículo cultural amplio; hay que ser imperialistas, no secesionistas de la cultura, o, mejor, universalistas.

Este Lorenzo Luzuriaga, neto, sobrio, entusiasta y heráclida. Un *Aga* de la gran dinastía vasca, señora de España en la actualidad. Cristalizada ya en la actualidad de España. Afanosa de dejar sucesión de fervores en todos los jóvenes guerreros—en los hijos—, que ya no son *Agas* Y ni siquiera guerreros en bastantes casos.

E. Giménez Caballero

(*El Sol*, Madrid).

Cartas

10 High Street
Boston, Mass.

Junio 16 de 1928

Mi querido García Monge:

He dejado pasar unos días sin acusar a Ud. recibo del libro *La Independencia y Otros Episodios* que tuvo la amabilidad de enviarme, esperando poder leerlo con espacio y darle luego mis impresiones sobre él.

Estos libros evocadores de hombres y cosas del pasado no son para leerse en medio del rumorío y ajeteo de estas ciudades, sino más bien en un ambiente de paz y serenidad, ojalá en un rincón de alguna casona solariega como aquellas de Cartago antes del terremoto. No era cosa, pues, de traer el tomo para leerlo a saltos en el tranvía o entre los apremios oficinescos. Lo he leído las noches que he tenido libres, en la casa, *au coin du feu*, diría, si los calores que se nos han metido de pronto no desentonaran con toda idea de hogar y de velada de invierno. Así en el retiro suburbano donde vivimos he podido saborear mejor el tono plácido de estas prosas magistrales y el encanto de estas sabias evocaciones.

Don Ricardo Fernández Guardia no sólo tiene la representación literaria de Costa Rica en el exterior, como dijo Ud. muy bien en el prólogo de la nueva edición de *Cuentos Ticos*, sino el cetro de nuestros prosistas. Su estilo es el ideal de los estilos, claro, sencillo, elegante, con un sabor castizo pero sin resabios de afectación arcaica. Uno se deja llevar de él como de la mansa corriente de un gran río de nuestros trópicos. Esta manera de escribir no es

cosa frecuente en esta hora de estudiados primores literarios y de imitaciones pedantescas y es más de alabar y admirar en Don Ricardo que recibió su primera educación en un liceo de Versalles⁽¹⁾ y ha vivido buena parte de su vida fuera del país, en contacto con lenguas y culturas extranjeras. Nadie entre nosotros tiene en efecto la familiaridad con las letras francesas que Fernández Guardia; nadie tampoco escribe el español con tanta propiedad y elegancia.

Yo acabo de prestarle el tomo a un amigo mío americano quien se interesa por conocer a fondo el castellano, con la seguridad de que en él le será fácil hallar modelos insuperables de dicción, y sin miedo de que encuentre la sustancia de las narraciones falta de interés y de gusto. El mismo amigo, adelantándose a mi pensamiento, me dijo que el interés de la historia no consiste siempre tanto en la grandeza de los países y en la importancia de los acontecimientos como en el poder de dramatizarlos. Y en esto Don Ricardo es maestro soberano. Léase sino su bellissimo estudio sobre la guerra de la Liga o sus páginas sobre los *Nublados de 1822* u *Ochomogo*. Por oscuras y modestas que puedan parecer nuestras luchas civiles, contadas así como las cuenta nuestro historiador, tienen un interés humano vivísimo. En Don Ricardo encanta, además de la habilidad para narrar, un dejo de ironía que sienta bien con el asunto de sus historias y con la persona que las cuenta. La

(1) De París, por lo que hemos sabido.

vena irónica le viene a Fernández Guardia por juro de heredad, pero en él se manifiesta temperada por viajes y lecturas y por el refinamiento de sus hábitos mundanos y mentales.

En otra cosa tiene Ud., amigo García Monge, mucha razón, y es en el agradecimiento que los oriundos de la antigua metrópoli debemos a Don Ricardo por haber exhumado del fondo de los archivos sus tradiciones y revivido sus costumbres y leyendas. Aunque este último libro suyo no deja a los cartagos de aquel tiempo muy bien parados que digamos, debido a cierto espíritu reaccionario e intrigante que entonces les dominaba, creo, sin embargo, que ha venido a acrecer la deuda de que Ud. nos habla. Y en mi caso se duplica con otra obligación de carácter personal: Entre los personajes que Don Ricardo ha redimido del limbo del olvido está mi tío abuelo, Don José Anselmo Sancho, Ministro General de Carrillo en los días azarosos de la guerra de la Liga. Hombre enérgico y de ideas bastante liberales para su tiempo, Don José Anselmo, aunque cartago por los cuatro costados, ayudó eficazmente al gran don Braulio en su obra de gobierno. Después de una carrera política movida y pintoresca, desengañado quizás del mundo, resolvió a los cincuenta años ordenarse de sacerdote y murió de cura y vicario foráneo de Cartago. Recuerdo que así rezaba el epitafio de su tumba antes de destruirla el terremoto de 1910.

Nuestra familia ha conservado con reverencia su memoria, poco conocida hasta aquí de los costarricenses, pero que de ahora en adelante irá ganando el prestigio que merece por la lealtad con que sirvió los intereses del país. No sé si alguien sonreirá de mis sentimientos y los califique de ingenuos, pero a mí me complace en verdad sobremanera que el nombre de Don José Anselmo, con que hace tres años bautizamos a nuestro hijo, vaya creciendo, a la par que él, en la estima de los costarricenses.

Lo abraza, su afectísimo,

Mario Sancho

New York, 14 de Mayo de 1928.

Señor
J. García Monge
Repertorio Americano
San José de Costa Rica.

Estimado Director y amigo:

Le incluyo en esta carta un artículo que espero le interese a usted lo bastante para darle cabida en algún rincón de su revista. Es una ojeada a vuelo de pájaro de los nuevos valores norteamericanos y de las posibilidades espirituales de este país en el futuro. Creo que nuestro conocimiento de los Estados Unidos es deficiente. Casi nulo. Hablo de conocimiento integral de la idiosincracia íntima de un pueblo. Hasta ahora hemos juzgado a Norte América desde un sólo punto de vista de la política exterior. Por supuesto es la actitud que más directamente nos afecta. De las tres cabezas del Cancerbero yanqui nosotros hemos visto preferentemente una: la del tiburón. Por desgracia nuestro frente de oposición no ha pasado de las protestas líricas y los insultos lejanos. El caso del General Augusto Sandino es excepcional. Su gesto es de una increíble trascendencia heroica pero dará pocos resultados prácticos. Un hombre solo no puede pelear eternamente contra ciento. Y a Sandino lo dejó solo la Conferencia Panamericana. Sus hermanos de lengua perdieron totalmente la oportunidad engañados por formulismos de cortesía internacional y la retórica de la diplomacia. Es menester realizar que además de tener grandes defectos ésta es una raza que tiene grandes cualidades. Y nosotros debemos observar atentamente estas cualidades. Ningún discurso, ni todos los discursos juntos del pasado, del presente y del porvenir detendrán el avance económico, la rapacidad de naciones menores adyacentes que Norte América necesita mantener bajo su dominio para asegurar su estabilidad y preponderancia. El pescado grande se come al chico: ley natural de supervivencia. Si no tuviéramos a los Estados Unidos al Norte otro país fuerte vendría seguramente—y talvez con los mismos silogismos yan-

Consultorio Optico "Rivera"

EXÁMENES DE LA VISTA - ANTEOJOS Y LENTES DE TODAS CLASES

EXACTITUD Y PRONTITUD

Especial atención en el desarrollo de recetas de los Señores Médicos Oculistas

GEMELOS DE TEATRO Y CAMPO - MICROSCOPIOS - LENTES DE LECTURA

Guillermo Rivera Martín

Optico del Colegio Nacional de Jena, Alemania

Aprobado por la Facultad de Medicina de Costa Rica

SAN JOSE DE COSTA RICA

CORREO 349

quis—a explotar nuestra ingenuidad.

Yo veo sólo un camino de salvación: la fuerza. Quiero decir fuerza nacional, real, efectiva: fuerza que puede medirse con números y no con palabras. Muchas de las repúblicas indohispanas no han salido todavía de la cuna y creen solucionar todos los problemas de la existencia a llanto y gritos.

Los países grandes nos respetarán cuando vean que hemos crecido y empezamos a infundirles miedo. Antes—nunca!

Las llamadas leyes de la humanidad no existen en la práctica cuando intereses materiales se oponen al humanitarismo. Lo probó ampliamente la guerra europea. Otra prueba constituye ahora la invasión de Nicaragua.

El Japón era el elefante blanco del mundo, la síntesis de la peste amarilla. Ahora que ha crecido y se ha hecho fuerte nadie sale de buenas a primeras a insultarlo o a darle de palos. Se respeta a los fuertes. Nadie respeta a los débiles. A veces hay compasión por los débiles. Eso es todo.

Como el Japón, los rusos, después de gastar millones de rublos en propaganda extranjera, después de haber empapelado el mundo de proclamas se convencieron de que lo indispensable era construir la casa por dentro. Y olvidando el resto del orbe empezaron a intensificar el desarrollo económico, cultural e industrial de la Nación.

Gran parte de la energía que gastamos en retar a este país debería emplearse en dinamismo interno. Vivimos en el año 1928 y hoy día la acción ocupa el lugar que en otros siglos ocupaba la palabra.

Además es necesario ser sinceros: este país camina adelante de nosotros y podemos aprender de él muchas cosas; y hay mayores probabilidades de vencer a un enemigo cuando se le conoce a fondo y de cerca.

Crea en mi aprecio e interés por la Causa. Saludos muy cordiales de

Armando Zegrí

341 West 12 Street
New York City.

Valladolid, 3 de mayo de 1928.

Señor Don

J. García Monge

Director de *Repertorio Americano*
San José

Querido García Monge: al parecer, los tentáculos del imperialismo norteamericano llegan hasta estas tierras hispanicas. Al menos la censura española mutila apreciaciones que pueden ser ingratas para los magnates de la Wall Street o para los gobernantes del Nuevo Mundo, que siguen, con mayor o menor docilidad las insinuaciones del capitalismo norteamericano. Como prueba de lo que afirmo le incluyo copia de un artículo que envié a *La Libertad* y que del mencionado diario me rein-

tegran, por no poderse publicar con las mutilaciones que en el mismo introdujo la censura española. Resulta así un trabajo inédito, cuya inserción le ruego acuerde en las columnas de ese admirable semanario. Lo que va subrayado es lo que la censura española había tachado; hágalo notar así al insertarlo, para que los lectores del Nuevo Mundo aprecien en su exacta significación la intervención del lápiz rojo español. El artículo es comentario del libro reciente de Araquistain, libro aleccionador y de recias verdades.

También le incluyo ese otro artículo, comentando el valiente alegato de Maximo Soto Hall; es un acertado comentario, el de Soto Hall, dedicado a esas patrias desunidas y en las cuales hay todavía un símbolo prometedor: Sandino, al cual dedico mi último libro *Las raíces hispánicas del derecho internacional americano*.

Recibo con regularidad el *Repertorio Americano*, que siempre leo con creciente interés.

Un cordial abrazo de su absoluto y devoto amigo y compañero,

Camilo Barcia Trelles

San Juan, abril 15 de 1928

Froylán Turcios

Ariel

Tegucigalpa

Saludámosle fraternalmente y rogámosle transmita Sandino siguiente mensaje: «Partido Nacionalista Puerto Rico reunido asamblea acuerda felicitar ejército libertador nicaragüense bajo su heroico mando enviándole ardorosa adhesión.

Fed. Acosta Velarde
Presidente

A los amigos de Rubén Darío

Austin, 24 de junio de 1928

Querido García Monge:

Fiado en la amable acogida dispensada en su *Repertorio* a toda obra desinteresada tengo el honor de dirigirme a Ud. para rogarle se digne publicar estas líneas en su semanario. He emprendido hace algún tiempo la ardua tarea de escribir la Biografía de Rubén Darío. Usando como punto de partida la Autobiografía del poeta, el libro de Donoso sobre su estada en

Chile, el Rubén Darío Intimo de Soto Hall, la obra de Vargas Vila y unos cuantos artículos dispersos, he ido ensanchando mi trabajo con la desinteresada ayuda de algunos escritores que conocieron al gran nicaragüense o que tienen datos apreciables acerca de su vida. Hasta hoy he recibido la colaboración de los siguientes: Rufino Blanco Fombona, Regino Boti, Fabio Fiallo, Roberto Brenes Mesén, Mario Santa Cruz, R. Heliodoro Valle. A todos ellos deseo manifestar públicamente mi agradecimiento.

Como la tarea de escribir la vida de un poeta tan complejo como Rubén Darío es difícil y de resultados ingratos, agradecería infinitamente a los amigos del poeta se sirvieran enviarme cuanto dato posean acerca de su existencia trashumante, en especial lo que se refiera a la psicología del poeta sobre la cual hay contradicciones asombrosas. Hay muy poco escrito acerca de sus relaciones con la señora Sánchez y lo que existe es desorientador, pues algunos escritores aseguran que Darío tuvo relaciones con ella más por necesidad de ser protegido y cuidado que por verdadero amor y otros que aseguran que ésta fué la única pasión de su vida; no existe nada detallado acerca de la vida del poeta en la Argentina; nada concreto sobre su labor en *Mundial*, etc. etc.

Los tiempos son apropiados para exaltar la memoria del poeta más grande de nuestro continente. El dijo: «¡tantos millones de hombres hablaremos inglés!» ¿Sospechó al decirlo que su propia patria sería la primera escuela de tal idioma? Al hacer justicia a nuestro liróforo levantamos un símbolo de latinidad y expresamos una protesta tácita en contra de ciertos hombres que han vendido al extranjero el lugar de su cuna y el de su sepulcro.

A todos los amigos y admiradores del poeta, y a todos los *americanistas* de noble prosapia va esta petición. Y a Ud., querido García Monge, un abrazo fraternal de admirador y amigo.

Arturo Torres Rioseco

University of Texas,
Austin, Texas, U. S. A.

Carta de un lector argentino

Buenos Aires, junio 22 de 1928.

Señor don J. García Monge

San José. Costa Rica.

Señor Director: Para estas líneas argentinas de un viejo lector del *Repertorio*, su gentileza ha de concederme la hospitalidad generosa que supo siempre brindar a todo cuanto se refiera a mi país.

Anoche se realizó en el local de la Casa Suiza, en esta capital, un mitin de protesta contra la dictadura española. Lo presidió Alfredo L. Palacios, el vigoroso y afirmativo paladín del pensamiento liberal. Habla-

Poder Legislativo

N.º 55

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA
DECRETA:

Artículo 1.º—Autorízase al Poder Ejecutivo para adquirir un lote de terreno de una cabida no menor de mil ochocientos metros cuadrados, en esta capital, y en el lugar que designe el Excmo. Señor Ministro de México, don Antonio Médiz Bolio.

Artículo 2.º—Autorízase igualmente al mismo Poder, para que por escritura pública done al Gobierno de la República de México el lote al cual se refiere el artículo anterior, con el objeto de que dicho Gobierno construya en él un palacio que sirva de residencia para la Legación de aquella República hermana acreditada en Costa Rica.

COMUNÍQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional.—San José, a los diez días del mes de julio de mil novecientos veintiocho.

ARTURO VOLIO

Presidente

LEÓN CORTÉS

Primer Secretario

J. PADILLA

Segundo Secretario

San José, a los once días del mes de julio de mil novecientos veintiocho.

Ejecútese

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ

El Secretario de Estado en el
Despacho de Relaciones Exteriores

R. CASTRO Q.

ron además de él: Rodrigo Soriano, Maciá, Ventura Gassol y varios más.

Palacios, aludió en su discurso a varias páginas de un libro de Ramiro de Maeztu, actual embajador del Rey Alfonso en la Argentina, páginas llenas de tan idiota como torpe menosprecio por los países hermanos de América.

Entre otras imbecilidades del libro de Maeztu, figura una en verdad irritante y canallesca que se refiere a Costa Rica. El improvisado embajador de la dictadura traza zurdamente un cuadro de la vida de vuestro país, presentándolo con negros caracteres de aldea africana. Después de leerlo ante la multitud que lo escuchaba, Palacios, hizo un elogio entusiasta de Costa Rica, de su cultura y de los títulos honrosos que la prestigian. Citó vuestro nombre y se refirió a la incansable obra de acercamiento espiritual americano que cumplís tan inteligentemente desde el *Repertorio*. Toda la sala prorrumpió en aplausos calurosos celebrando y rubricando con emoción intensa el justiciero desagravio y la protesta del gran líder.

Desagravio para el buen nombre de vuestro país y protesta por el jesuitismo de Maeztu, que desde su actual cargo pretende presentárenos como un admirador de cuanto sea americano.

Pero, debo completar esta suscita información, señor Director, revelandoos un detalle significativo: Palacios, expresó que recién pocos momentos antes del mitin había conocido el libro de Maeztu... Entre numerosos universitarios presentes oí decir que jamás lo habían leído... Algunos periodistas amigos a quienes he consultado al respecto coinciden, absolutamente todos, en afirmar que nunca han leído los libros de don Ramiro...

El cronista, por su parte, ignora con exquisito agrado, hoy más que nunca, todo cuanto se

refiera a la *intelectualidad* de este hombre de Primo.

Ya podréis advertir, pues, que los aplausos nuestros de anoche fueron más por la simpatía que nos merece vuestro país que de enojo por aquellas páginas casi inéditas.

Aquí se afirma cada día más vigorosamente el sentimiento fraternal americano. Pertenezco a una generación de argentinos que se encamina con fé a cumplir su ideal de realizar la comunión de los pueblos jóvenes de América, en la paz, la verdad y la justicia.

Soy vuestro atento amigo.

Fernando Cáceres Zelaya

Alsina, 1112.

Santiago, Chile, Junio de 1928.

Señor Director del
Repertorio Americano

Estimado compañero:

Acaba de ser dictada en nuestro país, una Ley que reforma la educación nacional, asignándole una orientación moderna, de acuerdo con los principios de la escuela activa. Esta circunstancia de renovación que agita nuestro ambiente pedagógico, exige que los maestros chilenos acrecienten su cultura general, para que puedan participar dignamente en la transformación de la escuela chilena.

Así hemos comenzado a dar incremento a la publicación de revistas, volantes, folletos y demás material de divulgación.

Motivos son estos, que nos han movido a solicitar de Ud. el envío de la colección de su revista y el canje regular de ella misma, con el objeto de obtener informaciones acerca de la experiencia educacional de su país.

En la confianza de que accederá a nuestra petición, reciba un saludo cordial de

H. Díaz Casanueva

Director de la Revista
de Educación Primaria.

Abrimos un concurso

Estamos en condiciones de ofrecer dos premios: de \$ 200 (\$ 50 oro am.) uno, y de \$ 100 (\$ 25 oro am.) el otro, a los dos mejores artículos que nos lleguen acerca de este asunto:

¿América para los americanos o América para la humanidad?

Dentro y fuera del país, concurren los que puedan y quieran.

El artículo ha de condensarse, más o menos, en unas mil palabras.

Artículos no premiados que sean interesantes y meritorios, nos reservaremos el derecho de publicarlos.

Se cierra el concurso el 15 de Setiembre próximo.

El jurado se nombrará oportunamente.

Los trabajos han de remitirse con las precauciones de estilo en estos concursos.

Rep. Am.

La africanización de América

LIBROS hay que tienen un valor perdurable, por abordar temas de dilatada proyección; otros atraen circunstancialmente y su interés encierra tan sólo la significación de un episodio. El libro que recientemente ha lanzado a la calle Luis Araquistain (*La Agonía Antillana*) tiene a la vez algo de perduración y de circunstancialidad. No es el culto a lo palpitante perfilado con notorio apresuramiento, para servir de alimento a un sector de lectores que van de inquietud en inquietud, sin sosiego ni posibilidad de establecer ideas conjuntivas. Equivalen las páginas de Luis Araquistain a una sucesiva reflexión, formulada de modo penetrante y sin apartarse de lo que constituye culto a la verdad. No es un libro ameno ni una publicación que lleve al lector a gozar fugazmente de un optimismo artificial y aparente. Hace meditar y sobre todo constituye un anticipo del porvenir, futuro inquietante, no sólo para España, sino en general para Iberoamérica y hasta para aquellos que momentáneamente fomentan determinadas inclinaciones, ignorando tal vez que están cavando su propia fosa: los Estados Unidos de Norteamérica.

El autor, tal vez considerando acentuadamente pesimista el título de su libro y la mención genérica que rotula sus páginas, se cuida de advertir que ese declinar puede tal vez interpretarse como manifestación de postrera lucha por la vida. Más bien debiera advertir que el problema adquiere posibilidades de enmienda, *determinadas por la consideración que lentamente va abriéndose paso entre aquellos que hasta el presente vivían la ilusión de una independencia, meramente externa y formularia.*

América se africaniza ¿Es este diagnóstico discutible? Desde nuestro punto de vista, no. América se disgrega, aunque la atomización no sea irremediable. La invasión de razas de color, que Araquistain pinta acertadamente, no es en sí el problema, sino manifestación de otro más hondo y grave: la insensibilidad de gobernantes que no saben que son liquidadores inconscientes de su raza y de su historia. El mal se extiende por que el instinto de vida no acusa su existencia. Si los gobiernos antillanos, hoy mediatizados en mayor o menor medida, logran reconquistar la libertad de acción torpemente enajenada, la agonía no podrá mencionarse y será dable destacar ante los ojos del mundo, lo que implica de monstruoso contrasentido la actitud de los Estados Unidos, que pretenden blanquearse a expensas de sus vecinos y para mayor provecho de su capitalismo omnipotente y sojuzgador.

El problema que Luis Araquistain analiza, es ahora objeto de polémica en América. Giran estas discrepancias en torno a la Conferencia de Inmigración reunida en la capital de Cuba. Dos tesis se abren paso en el nuevo mundo, tesis antagónicas, excluyentes, impenetrables. Una apoyada tal vez inconscientemente en nuestra tradición (como hemos intentado demostrar en otra coyuntura), quiere que América sea un continente abierto para todos los hombres de buena voluntad, sin exclusiones raciales dictadas por un egoísmo poco humano. Otros que se han formado de la cultura un concepto esencialmente métrico, quieren, al parecer, lograr el tipo de americano perfecto; excomulgando, no tan sólo a razas de color, sino extendiendo la repulsa a pueblos mediterráneos, considerados como inferiores y entre los cuales nos encontramos nosotros, los españoles. Este criterio utilitario, crudamente egoísta, tal vez pudiera ser defendido con cierta lógica si sus abogados adaptasen su conducta al criterio inicial que preside su actuación. Pero al parecer la depuración soñada por los que creen incapaces de crear a sedicentes semejantes que no alcanzan una talla determinada no limita su actividad en un sentido flitante sino que quiere despojarse, a expensas de otros pueblos, de aquellos elementos que juzga indeseables. He ahí la contradicción que preside toda la política imperialista de Norteamérica contrasentido que Araquistain destaca en las páginas de su libro *Agonía Antillana*.

La táctica que es a la vez de exclusión y de expulsión, plantea un problema grave, referido tan sólo al país que lo patrocina (Estados Unidos); menos mal, si el coto cerrado coincidiese con el área de lo que fué tierra de la libertad. Pero, desgraciadamente, el mal tiende a incrementarse, determinada tal dilatación, por la influencia que los imperialistas norteamericanos ejercen sobre pueblos limítrofes. Recordamos a este propósito como los movimientos reactivos, provocados por la presencia de nipones en las escuelas públicas de San Francisco de California, repercutían inmediatamente en Vancouver; de qué modo se extendían al Dominio canadiense. Así Norteamérica y Canadá seguían una política paralela en cuanto se relaciona con la prohibición de acceso a sus tierras, de razas denominadas indeseables. Mas, una vez que el peligro se aleja, entonces la táctica se invierte: lejos de producir inquietud la creciente inmigración de jamaquinos y haitianos a a tierras iberoamericanas, esa tendencia claramente favorece al King Sugar. Éste no tropieza con la hostilidad nacional como

en Hawai, islas donde se libró una verdadera batalla dialéctica entre los explotadores del azúcar y los ciudadanos yanquis, que veían como las islas Hawai servían de puente para la penetración de los nipones en California. En Cuba, en otras partes de Centroamérica, donde priman los intereses económicos, la inquietud racial no existe para los Estados Unidos; constituye la afluencia de raza de color un poderoso aliado del capitalista, al cual, para sus explotaciones extensivas, le conviene la mano de obra poco exigente. No se olvide que esa preocupación económica prolongó en los Estados Unidos la cruenta lucha civil entre el norte y el sur. La manumisión, defendida y lograda por Lincoln, no lo fué más que en el papel; de hecho la raza de color permanece en evidente situación de inferioridad política y acaso el único camino practicable para los americanos al «cien por cien», es el de fundar nuevas Libérias en el nuevo mundo.

Esa tendencia crea entre las dos Américas (la hispánica y la sajona) un fuerte antagonismo; ahora quiere la historia que la causa de desavenencia entre dos pueblos de distinta psicología (la del uno es propia del dominador, la del otro específica de quien quiere vivir sin depender ni ordenar) se agudicen: la Habana fué testigo de esas discrepancias al reunirse

la conferencia panamericana; todo hace suponer que la disparidad brotará una vez más en la capital cubana a propósito del problema de la inmigración.

Lo que en Cuba se discute interesa de un modo especial a los españoles; díganlo esas legiones de nacionales que tornaron a la patria en situación bien lastimosa y que son símbolo viviente del problema que allí plantea la creciente invasión de haitianos y jamaquinos. Sin pretender formular censuras, ni terciar en cuestiones de política interior cubana, hemos de consignar, no obstante, que ese doloroso episodio, nacido y desarrollado bajo la presidencia del General Machado, no contribuirá seguramente a despertar en los españoles, ni adhesión, ni simpatía hacia la acción política económica del actual presidente cubano.

Es este un tema que requiere amplias meditaciones, un tema nacional, ya que tal vez en hora próxima será preciso aceptar la dolorosa consecuencia de que nuestro patrimonio espiritual en América está andando el camino que conduce al ocaso. He aquí por qué, todos cuantos sientan la inquietud de América, deben leer y meditar las páginas, altamente sugestivas y veraces de Luis Araquistáin, páginas que integran su libro La Agonía Antillana. El imperialismo yanqui en el mar Caribe.

Camilo Barcia Trelles

Noticia.—De *La Agonía Antillana* tenemos ejemplares disponibles. A \$ 3.50 el ejemplar.

Mecenas de Wall Street

Los nuevos valores artísticos norteamericanos.
País de posibilidades ilimitadas. Arte e industria. Otto Kahn, decano de los Mecenas neoyorquinos.

El millonario de Wall Street es considerado fuera, y aún dentro de los Estados Unidos, como prototipo del *Babbitt*, o sea el común denominador de la mediocridad intelectual y del utilitarismo norteamericano. Esta opinión es resultado directo de la diplomacia del dólar. Sin embargo—a manera de contraste—vale la pena recordar que para un número apreciable de millonarios la filantropía ha constituido en el pasado—y constituye al presente—una fórmula de restitución indirecta de las riquezas individuales a la comunidad. La mayoría de las universidades en los Estados Unidos y otras diversas instituciones de cultura popular han tenido origen en donaciones de fortunas particulares.

El público que observa de lejos las actividades políticas de este país casi todopoderoso no debe olvidar que, a pesar de las ideas canibales de imperialismo, Yanquilandia está fatalmente destinada a un gran

apogeo artístico. Así lo establece la tiranía de la historia. Preponderancia económica trae necesariamente consigo preponderancia artística. Es una ley elemental de la naturaleza.

Yo hablo aquí de las posibilidades espirituales de Norte América independientemente de sus acciones políticas. Yo sé que *arte* y *gringolandia* son palabras antipodas para cualquiera persona que no tenga afiliación congénita yanqui o no haya por lo menos vivido en Yanquilandia todo el tiempo que es necesario para comprender la íntima idiosincracia, el pasado, el presente y el futuro de esta raza. La verdad es que Norte América está contribuyendo actualmente a la creación artística en el mundo con tres cualidades de capital importancia: orden, organización y economía de detalles. La rapidez también es una virtud yanqui.

El arte genuinamente contemporáneo tiene, como la industria contemporánea, concien-

cia de la necesidad absoluta de control. Nada de falsos alborotos líricos, gestos pseudo-románticos o despilfarro inútil de palabras. La economía va, poco a poco, transformándose en principio general y universal de estética. La inspiración como causa y efecto de la creación artística—quiero decir—la inspiración como ley fundamental única y como energía reguladora de la producción ha perdido la casi totalidad de su importancia. Porque la inspiración es una fuerza ciega y hoy nada se hace o debe hacerse sin valorizar previamente el material que se emplea, su resistencia y durabilidad.

No aseguro que este positivismo práctico sea ideal en todas sus partes, pero hay cualidades en él que, tarde o temprano, el mundo asimilará obligado por circunstancias naturales de perfección y evolución.

Hugo Walpole en Inglaterra y Andrés Maurois en Francia han examinado con curiosidad los nuevos valores norteamericanos adelantando algunos comentarios acerca de las probables características que individualizarán a las generaciones actuales de la edad del jazz y la maquinaria en su período de hegemonía.

El ambiente general parece cada día más propicio y favorable. El arte tiende a democratizarse, es decir, tiende a ponerse al alcance de la mayoría de los cerebros. Los hombres ricos de Wall Street han empezado también a interesarse directamente en el fomento de una expresión artística autóctona.

¿Producirá Norte-América un Lorenzo el Magnífico? Es probable, aunque las circunstancias actuales sean completamente distintas y distinto el decorado.

En el Stock Exchange y en la Cámara de Comercio de Nueva York, Otto H. Kahn—potentado de la Banca Norteamericana—ha tenido el coraje de hablar de arte a sus colegas durante sesiones financieras. Y el interés de Otto H. Kahn en el futuro artístico de los Estados Unidos no se reduce a discursos. Kahn es el decano de los Mecenas neoyorquinos. Instituciones como el *Theatre Guild* y la *Metropolitan Opera House* le deben su actual existencia. El *Theatre Guild* presenta actualmente al público norteamericano un conjunto de obras selectas entre la producción teatral del mundo. Pero el nombre de Otto H. Kahn no sólo está vinculado a la organización del *Metropolitan* y *Theatre Guild*. Aparte de los artistas que a él ha individualmente auspiciado puede decirse—sin temor a equivocarse—que todo movimiento

de importancia en el teatro norteamericano durante los últimos veinte años ha tenido apoyo económico directo de Otto H. Kahn. Es necesario agregar—además—los nombres de los conjuntos teatrales europeos y autores o directores europeos que ha sido posible importar a los Estados Unidos gracias a las subvenciones pecuniaras de Otto H. Kahn. Por ejemplo: el Diaghilev Ballet, sucesor del Ballet Imperial de Petrogrado y actualmente uno de los experimentos más interesantes de coreografía moderna; Stanislawsky y el Teatro del Arte de Moscú; la compañía alemana de Max Reinhardt; la orquesta sinfónica de la Opera Comique; Jacques Coppeau, director del Atelier de Montmartre; Enrique Granados, compositor español; etc. Este moderno Mecenas de Wall Street sostiene que los norteamericanos al examinar de cerca las obras actuales extraordinarias de los europeos sacarán indudablemente provecho personal de la lección. Simple transacción de cultura.

Pero el comercio espiritual no está reducido en Norte-América a importación de valores extranjeros: los norteamericanos han empezado ya a invadir el mercado del mundo con sus productos. Los dramas psico-analíticos de Eugene O'Neill triunfan en Rusia, en Inglaterra, en Alemania, en Suecia y en Noruega. Las novelas de Theodore Dreiser, Carl Van Vechten y Sherwood Anderson circulan en diversas lenguas y una exposición de pintores *gringos* recorre actualmente las capitales civilizadas del orbe.

Para este país de posibilidades ilimitadas ¿cuál será en el futuro el límite del espíritu? Quien sabe. Las posibilidades, en realidad, son ilimitadas.

Yo creo, como Otto H. Kahn, que aquí llegarán a curar con arte aún los vicios de la criminalología. El arte absorberá la esencia de la democracia en lo que se refiere a igualdad de oportunidades, sin hacer diferencia entre casta, clase o raza.

A continuación del *self-made man* los norteamericanos crearán el *self-made-artist* y los países románticos que observan con desdén las infatuaciones comerciales del coloso yanqui verán—es muy probable—antes del fin del siglo sus mercados intelectuales invadidos por arte *Made in U. S. A.*

Armando Zegri

New York, 1928.

Caciques, reyezuelos y faraones

Los sucesores de Tutmés III parecen haber sido, como él, hombres fuertes y capaces de empresas difíciles. En la tumba de su hijo Amen-hotep II se lee que nadie podía doblar el arco del faraón. El nieto de Tutmes III, llamado Amen-hotep III, debía ser cazador y gustar de la vida de deportes al aire libre, porque él mismo nos cuenta, en una inscripción, que tuvo un sueño, durmiendo la siesta a la sombra de la Esfinge, un día que cazaba cerca de la necrópolis de Menfis. Las conquistas del Asia ya no exigían campañas peligrosas, como las que tuvo que realizar Tutmés III. Los tributos llegaban regularmente; tenemos listas de los que enviaban del Asia a Egipto. Un año llegaron de Mesopotamia a Tebas: 513 esclavos, 260 yeguas, 45 medidas de oro, 564 toros, 5.323 cabras, 828 jarros de incienso, vasos de plata, carros, frutos, aceite y pájaros, etc., etc.

Pronto los caciques y reyezuelos de la Siria y Palestina tuvieron a honor el ser súbditos del Egipto. Se ha conservado gran parte de la correspondencia de estos jefes asiáticos con los faraones de la XVIII dinastía. Una de las cartas (desnuda de fraseología y jaculatorias orientales) viene a decir, poco más o menos, como sigue:

«Al rey de Egipto, mi hermano, el que me ama y a quien yo amo. Deseo que todo vaya bien para ti, tu casa, tus esposas, tus hijos, tus carros, tus caballos, etc. Nuestros padres ya fueron amigos, seamos diez veces más amigos nosotros. Que tu Dios y mi Dios ordenen prosperar esta amistad. Tu mensajero me ha pedido mi hija para ser tu esposa y reina del Egipto. Y yo he llevado mi hija a tu mensajero y a éste le ha gustado y ella viene ahora con él... Tú enviaste a mi padre mucho oro. Mándame oro también a mí, en grandes cantidades, sin medida, porque en Egipto el oro es abundante como el polvo...»

Otro dice que su hija, que pidió en matrimonio el faraón, ya ha crecido y se la mandará en seguida. Otros se quejan de sus vecinos pidiendo protección al rey de Egipto; otros envían cobre, otros predicen rebeliones y murmuran descontentos.

J. Pijoán

(Historia del Mundo)

Sólo Sandino representa a Nicaragua

—De Social. La Habana—

El patriotismo ha consistido a menudo, en ciertos círculos, en negar las realidades. Es patriota quien sostiene que la intervención extranjera no importa limitación de soberanía. Es patriota quien arguye que la nacionalidad queda intacta aunque se hallen las aduanas en poder de otro país. Es patriota quien cultiva la confianza jactanciosa de las naciones débiles. Así han creído algunos suprimir los peligros, negándose a mirarlos; así han disimulado las derrotas, fingiendo no verlas; así nos han traído hasta esta situación de vasallaje económico y político, que los directores de la opinión en nuestras repúblicas nunca advirtieron ni denunciaron, y que pone hoy al borde del abismo la existencia autónoma de Centro y Sur América.

Rechazamos, a la vez, la politiquería que desquició nuestro porvenir, y la disimulación, a

veces interesada, que envenenó nuestra atmósfera. Queremos afrontar las realidades, por penosas que ellas sean, con los ojos puestos en la Patria Grande del futuro.

La crisis de Nicaragua deriva de tres factores evidentes: primero, la ambición de la plutocracia de los Estados Unidos, ansiosa de acentuar su irradiación imperialista. Segundo, la indiferencia de los gobiernos oligárquicos de la América nuestra, incapaces de comprender los problemas del Continente. Tercero, la exigüidad de visión de los políticos nicaragüenses, afanosos de llegar al poder aunque sea con desmedro de los intereses de su patria.

Estas comprobaciones bastan para dictarnos una actitud frente al problema de Nicaragua.

Invasión como se halla gran parte del territorio de esa república por tropas extranjeras,

imposibilitados como están para votar los elementos patriotas que forman en las guerrillas defensoras de la tierra natal, toda tentativa de elección resulta una injuria para la dignidad de ese pueblo.

Que la masa incontaminada de nuestras repúblicas no se deje engañar por una rivalidad de adivinos entre dos bandos tradicionalmente sujetos a la influencia de los Estados Unidos. No nos deslumbre el sofisma de unas elecciones triplemente falseadas, por la presencia de tropas de desembarco, por el sometimiento de los dos grupos a los intereses del invasor, y por el mutismo a que se hallan condenados los elementos más dignos de respeto. Fiscalizar esas elecciones o discutir sobre ellas, sería darles apariencia de legalidad, y conceder jerarquía a minorías claudicantes que se disputan el poder aniparadas por el enemigo nacional.

El caso de Nicaragua no se puede resolver electoralmente. No hay más que dos divisiones en aquel país: de un lado los que aceptan la dominación extranjera, del otro los que la rechazan. Como estos últimos no pueden votar, no cabe engañar a la opinión con vanos simulacros.

No admitamos, pues, diferencia entre liberales y conservadores, y hagamos bloque contra los derrotistas, contra los Presidentes y los candidatos ungidos por la Casa Blanca, contra

todas las encarnaciones que toma el mísero egoísmo de los caudillos subalternos.

El único que merece nuestra entusiasta adhesión es el general Sandino, porque el general Sandino representa, con sus heroicos guerrilleros, la reacción popular de nuestra América contra las oligarquías infidentes, y la resistencia de nuestro conjunto contra el imperialismo anglo sajón.

La sangre nuestra fue derrochada hasta ahora en luchas civiles estériles que sólo trajeron ventaja para los tiranos o para las oligarquías. La acometividad, el valor, el espíritu de sacrificio de nuestros pueblos, todo lo que tiene de grande el alma iberoamericana se malogró en agitaciones suicidas, que ora pusieron frente a frente a dos fracciones dentro del mismo país, ora devastaron a dos o más repúblicas limítrofes. Si fuera posible reunir en un haz de heroísmo todas las inmolaciones inútiles, habría fuerza para nivelar las montañas. Pero los hombres que tuvieron en sus manos ese tesoro popular, en vez de emplearlo en favor del bien común, lo malgastaron al servicio de sus egoísmos personales. Por la primera vez desde hace largas décadas corre esa sangre al margen de las ambiciones mezquinas, y en beneficio de todos.

Al defender la libertad de su pueblo, Sandino presagia la redención continental.

Manuel Ugarte

Niza, abril, 1928.



Lado Oeste Foto Hernández

Página lírica

de Gabriela Mistral

Entre el Ródano y la Camarga

(A Eduardo Colín)

Aquí en un olivar de la Provenza
saltó a mi ojo la anciana sentada,
vieja de la tarde que lame su cara,
vieja de la mano con que ha mondado
frutos y frutos,
vieja del olivar que es viejo de un año.

Y yo le digo: ¿Es bueno envejecer?
Tú no tienes pena tendida en la boca.
Caen tus brazos como cansados de un abrazo muy largo.
Y el aceite te gana
la canción, que ni mueve tu cara.

¿Te llamaste María como las que son puras?
¿Te llamaste Alejandra con las fuertes?

Sigues sentada cantando
no sé si de costumbre o de dulzura.
Y yo ignoro si nombras cantando
lo que tuviste o lo que no alcanzaste.
¿Es bueno envejecer bajo un olivo?

Cantas indiferente, cantas,
sin aupadura de frenesí ni látigo de gozo;
no sé si dices otro país o este país,
el Ródano que baja de pie como un rey
o el cuadro de tu sepultura
en que recortas el césped tú misma
con lo que haces tus palmas perfectas.

Ella seguía cantando
Entre el Ródano vivo y la Camarga muerta.

Volvió la cara y me miró sin verme.
—Canto palabras, digo palabras
porque he olvidado lo que he vivido.
No sé dónde estuve, no sé lo que hice,
no sé que vuelo de faisanes rojos
se ha quedado en mis ojos parado,
ni por qué estoy entre el Ródano con la Camarga.

Sigue mellando su cantinela
como el diente del forzado
su canción ni vence ni acaba.

Le ayudo y le nombro países;
me siento y le cuento sucesos;
junto y le entrego nombres de mujeres.

—Así no era, dice, su cuello.

Y cuando todos han pasado, dígole
el nombre mío. Me mira y grita:

—Así me llamaban, así me llamaban!
Y yo le hablé de ella, y con los olivos se va despertando;
despierta la boca, el ceño y la rodilla;
la voluntad el cuello endereza
y se le llenan de pueblos los ojos.

Después que sabe se queda cantando
lo mismo que antes, sin nombre en el canto,
de país, de mar ni de criatura.

Y suelta una a una las cosas
que yo le fui poniendo en el regazo:
semblantes, cerros y ríos...

Así cantará de nuevo treinta años
hasta que olvide cuánto le he entregado

debajo un olivo cargado de nudos de aceite
que entra en su canción que por el lamida
ni mueve su pecho ni mueve su cara.
Entre el Ródano vivo y la Camarga muerta.

1928

Confesión

(A García Monge)

Pende en la comisura de tu boca,
pende tu confesión, y yo la veo.
Casi cae a mis manos.

Dí tu confesión, hombre de pecado,
triste de pecado, sin paso alegre,
sin voz de álamos, lejano de los que amas
por la culpa que no se rasga como el fruto.

Tu madre es menos vieja
que la que te oye, y tu niño es tan tierno
que lo quemas como un helecho si se la dices.
Yo soy vieja como las piedras para oírte;
profunda como un musgo fabuloso, para oírte;
con el rostro sin asombro y sin cólera,
cargado de piedad desde hace muchas vidas
para oírte.

Dame todos los años que tú quieras darme
y han de ser menos de los que yo tengo,
porque otros ya también, sobre otra arena
me entregaron las cosas que no se oyen en vano,
y la piedad envejece como el llanto
y engruesa el corazón como el viento la luna.

Yo no sabía porqué vine a tu isla
y me he sentado en tu clara península,
yo que no duermo nunca por diez noches
bajo el mismo racimo de estrellas.

Dí tu confesión para irme con ella
y dejarte puro.
No volverás a ver la cara que te ha oído;
no volverás a oír la voz que te ha aplacado.
Yo me iré con tu culpa:
cargada de ella, veteada de ella,
casi vestida de ella.

Para que tú vuelvas a ser ligero,
al bajar las pendientes y trepar las colinas.
Y otra vez vuelvas a besar sin zozobra
y juegues con tu hijo en esta peña de oro.

II

...Ahora tú echa yemas y vive
días nuevos, y que te ayude el mar con yodos:
No cantes más canciones trenzadas a tu culpa
ni nombres nunca más los pueblos
que conociste, ni sus criaturas.
Vuelve a ser el delfín y el buen petrel
repechador de cielo
o el barco en cada sol empavezado.

Pero siéntate un día
en otra peña, al sol, como me hallaste,
cuando tu hijo tenga treinta años.
Y oye al otro que llega
cargado como de alga el borde de la boca.

Pregúntale también con la cabeza baja.
Y después no preguntes, sino escucha
tres días y tres noches.
Y recibe su culpa, como ropas
cargadas de sudor y de vergüenza,
entre tus dos rodillas.

1928

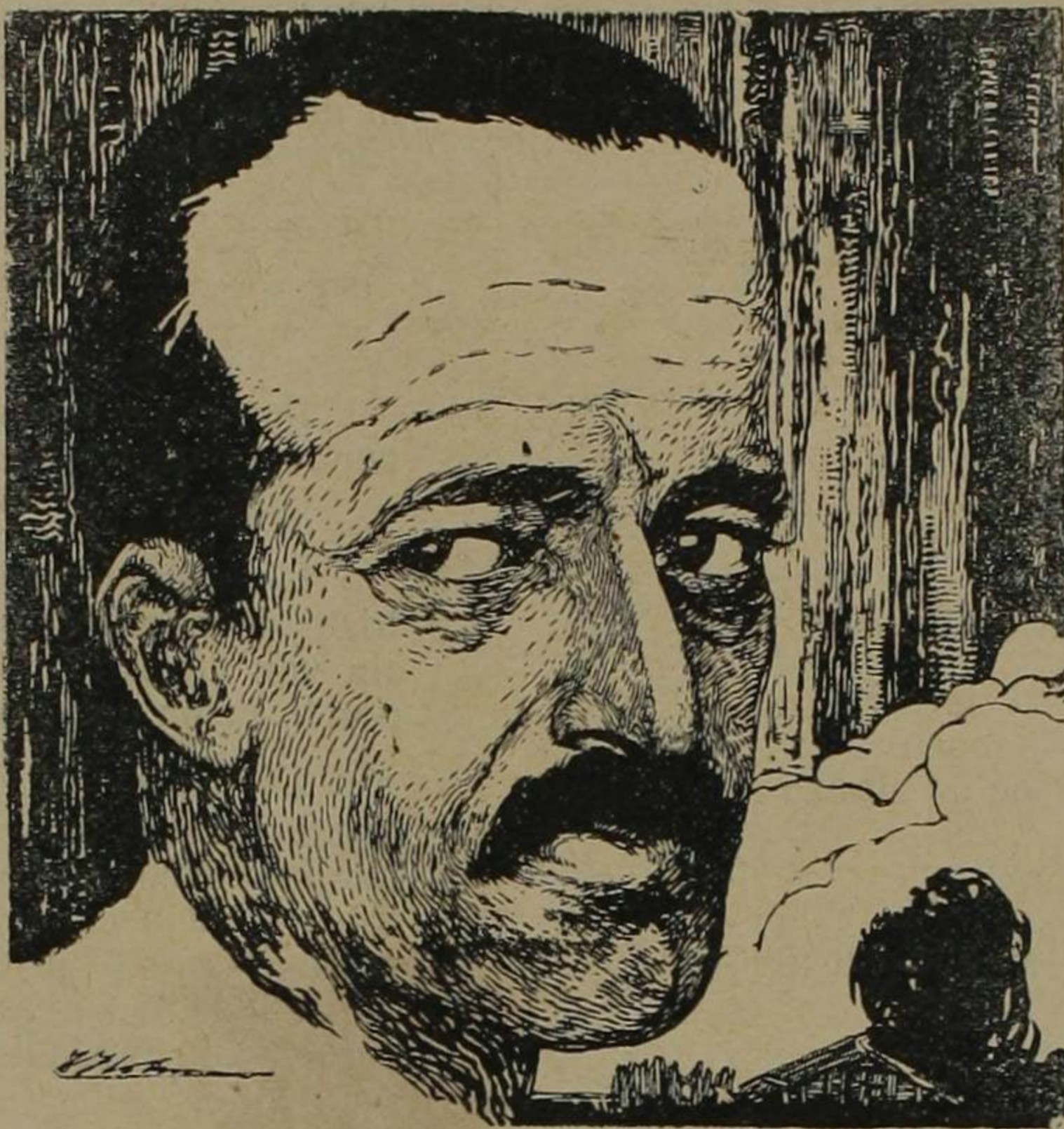
Lección de ejemplaridad es la que dejó Güiraldes a sus amigos — comprensión única de los amigos espirituales! — en la media docena de libros escritos entre *El Cencerro de Cristal*, su iniciación en 1915, y *Don Segundo Sombra*, su triunfo como novelista en 1926. — Su triunfo que sólo brevemente pudo saborear, cumpliéndose aquella predicción del personaje de este libro que tantos puntos de contacto parece tener con el propio autor: «En mi destino estaría escrito que todo bien era pasajero».

La lección que aquí aprendemos es lección de fortaleza, de espiritualidad, de americanismo. Impone respeto por la pureza de su tono y la convicción que la anima; y llega a tener entre los jóvenes virtud incitadora y valor de guía.

Con la cordialidad y el ejemplo, animó Güiraldes las empresas en que estaban empeñados los mejores, los de su clase. Con ellos fundó la revista *Proa* en la que número a número apareció su firma, quedando en sus páginas buen testimonio de las predilecciones del poeta y del crítico. Allí están sus impresiones sobre sus «nuevos predilectos»: Fargue, Valery Larbaud, Romain, Henry J. M. Levet, Saintleger Leger. Estuvo en las avanzadas de *Martin Fierro*, llenando su papel de hermano mayor, velando por el cumplimiento de la promesa empeñada, sobrepasándose en el propio concepto del deber que cumplía a su generación, forjando constantemente, con limpidez absoluta, las categorías de su credo, el credo que se habían impuesto los hombres de su grupo. «Vuestra juventud sube hacia mi rostro, como un aliento de pampa, cuando sobre la gramilla iluminada de rocío (emoción de la madrugada que vuelve a encontrar su mundo) me aferro al optimismo ascendente de los nuevos crecimientos. El hombre se siente pequeño ante la infinita transmutación que anuncia lo porvenir, pero crece con sentirse capaz de comprenderla».

Fué un definidor, de cara a lo más recio de un arte nuevo, que en sus manos alcanza la perfección de lo viejo. La claridad con que en todo momento nos habla de su arte, ajeno a todo rebuscamiento, nos hace ver que tuvo una clara idea del camino que se había trazado, camino marcado en sus propias novelas, de las que la última se afincaba en la anterior, para sobrepasarla. En carta memorable, dice: «Cuando me decidí a escribir, no ya como un diletante, sino como un hombre de buena voluntad que se impone un deber en la vida, puse en una carta a un amigo estas palabras más o menos: «Voy a ceñirme tal vez a una modalidad y siento la honda tristeza de dejar de ser el vagabundo del libro». Qué clara conciencia del camino!

Tenía arraigada la idea de que todo está en uno y que a cada paso debemos hacernos más



La lección de Güiraldes

exigentes con nosotros mismos, puesto que en arte no hay una llegada — «llegar no significa sino haberse creado nuevos motivos de partir». Le obsesiona la idea de la partida, hasta como motivo intelectual, y no admite otra sabiduría que la que nos obliga siempre a partir hacia un conocimiento futuro, para «crear a la inteligencia una razón de vivir».

Hay una inquietud que es sólo movilidad, ruido con que atraemos la atención, gestos desahorados en incesante desvanecimiento. Y hay también la inquietud intelectual que es un proceso de pasar de los hechos adquiridos a la superación de las posibilidades. Esa superación era la que perseguía Güiraldes, y hacia carne de su espíritu en cada nueva producción. Poseía una gran fuerza creadora, encauzada por un pensamiento directriz. Dió expresión propia a su arte, simplificándolo hasta los elementos primarios, con la convicción que alguna vez expresó de que el valor de toda obra es interior, y que le hacía escoger lo más sencillo de la vida. De ahí la gran unidad de su obra; la armonía entre su arte y su concepto del arte.

Característico de la nueva sensibilidad ha sido el horror de la frase, que falsea la realidad o la expresión. Por reacción se llegó hasta el baluceo y más acertadamente a cierta ruptura con el encadenamiento lógico que daba de lado a la espontaneidad. Güiraldes quiso solamente ser artista, reivindicando la expresión directa y la sencillez, si nos atenemos a sus definiciones y a los resultados obtenidos.

Su fuerza, su plenitud, su madurez, van a culminar en el úl-

timo de sus libros. Se ha considerado a *Don Segundo Sombra* como poema nacional; el poema de la democracia rural argentina. Y Jorge Luis Borges anticipó esta definición: toda la pampa en un hombre. Desde nuestra lejanía no alcanzamos a expresar sino que se trata de una realización cumbre, logro en el ápice de las letras de nuestra América.

Hay en *Don Segundo Sombra* un claro intento de glorificar la pampa, glorificando la figura del gaucho. Libro escrito desde adentro, no con visión externa que sólo apresa apariencias, encierra algo más que un pedazo de pampa; está la pampa toda, a través del alma de sus hombres. Estamos lejos de los mirajes fantásticos para deslumbramiento de extrañas imaginaciones; aquí la realidad, por serlo tan cabalmente, supera a la fantasía y atrae como un misterio.

Frente a la deslumbrada admiración del muchacho, todo ansia de libertad y de caminos, surge como una aparición la recia figura de Don Segundo, impenetrable y atrayente como figura de romancero. «Lumóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río».

La pampa se condensa en Don Segundo, que es como una anticipación de su impenetrabilidad, de su misterio, de su atracción. Figura tallada a gran escala, en que trasciende de su propio silencio y de su pruden-

cia, la hidalguía, el temple, la firmeza. «De golpe, el forastero volvió a crecer en mi imaginación. Era el *tapao*, el misterio, el hombre de pocas palabras que inspira en la pampa una admiración interrogante». Es perfecto el acuerdo que se logra, a lo largo del libro, entre su exterior, — recio, inmutable, encarnación que sin saber por qué nos trae a la memoria la pampa de granito del viejo Rodó, — y sus ideas firmes, claras en su sentido, a pesar de la aparente vaguedad y del agreste simbolismo.

Toda la acción del libro transcurre en torno a las figuras de Don Segundo, señor de la pampa, y del muchacho que siente la fascinación de la vida libre y trabajosa, y que ha puesto todo su afán en atraerse la atención del gaucho. Lo consigue a fuerza de darle pecho a la rudeza, venciendo en las empresas difíciles, metiendo la voluntad donde el cuerpo no le daba. No hay en la pampa oficio más grave y peligroso que el de resero, y se prende a la oportunidad para seguirlo, siguiendo a Don Segundo. «Todos me parecían más grandes, más robustos y en sus ojos se adivinaban los caminos del mañana. De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizonte». Las peripecias de las jornadas, a la intemperie de todos los acechos; la astucia y la cautela, para vencer de los contratiempos, de las conjuraciones que en la vastedad del silencio se aglomeran y se ciernen sobre los hombres; la gravedad y el buen humor, alternativamente. Se ennoblece el oficio de resero, y se ennoblece el hombre que es capaz de haberse templado para resistirlo con alegría.

La lección de Don Segundo se precisa más cada vez: «Hácete duro, muchacho». Y como ha sentido vocación de gaucho desde las primeras páginas — desde sus primeros años — la aprende con devoción, con regocijo que asoma en sus palabras cuando recuerda los rebencazos de Don Segundo sobre sus espaldas y oye su voz: «hácete duro, muchacho» — y cuando la vida lo rebenqueaba con el mismo consejo.

Conmueve su hondo dolor, contrariado en su vocación íntima por las circunstancias que lo ponen de golpe en posesión de hacienda y riquezas: «yo hubiera desiao más bien que los caranchos me hicieran picadillo las carnes...» Pero la respuesta de Don Segundo tiene un sentido inimitable y da la medida total de su carácter:

— «Mira, dijo mi padrino, apoyando sonriente su mano en mi hombro. — Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina'e tropilla.»

El mejor elogio de *Don Segundo Sombra* es que puede

(Pasa a la página 47)

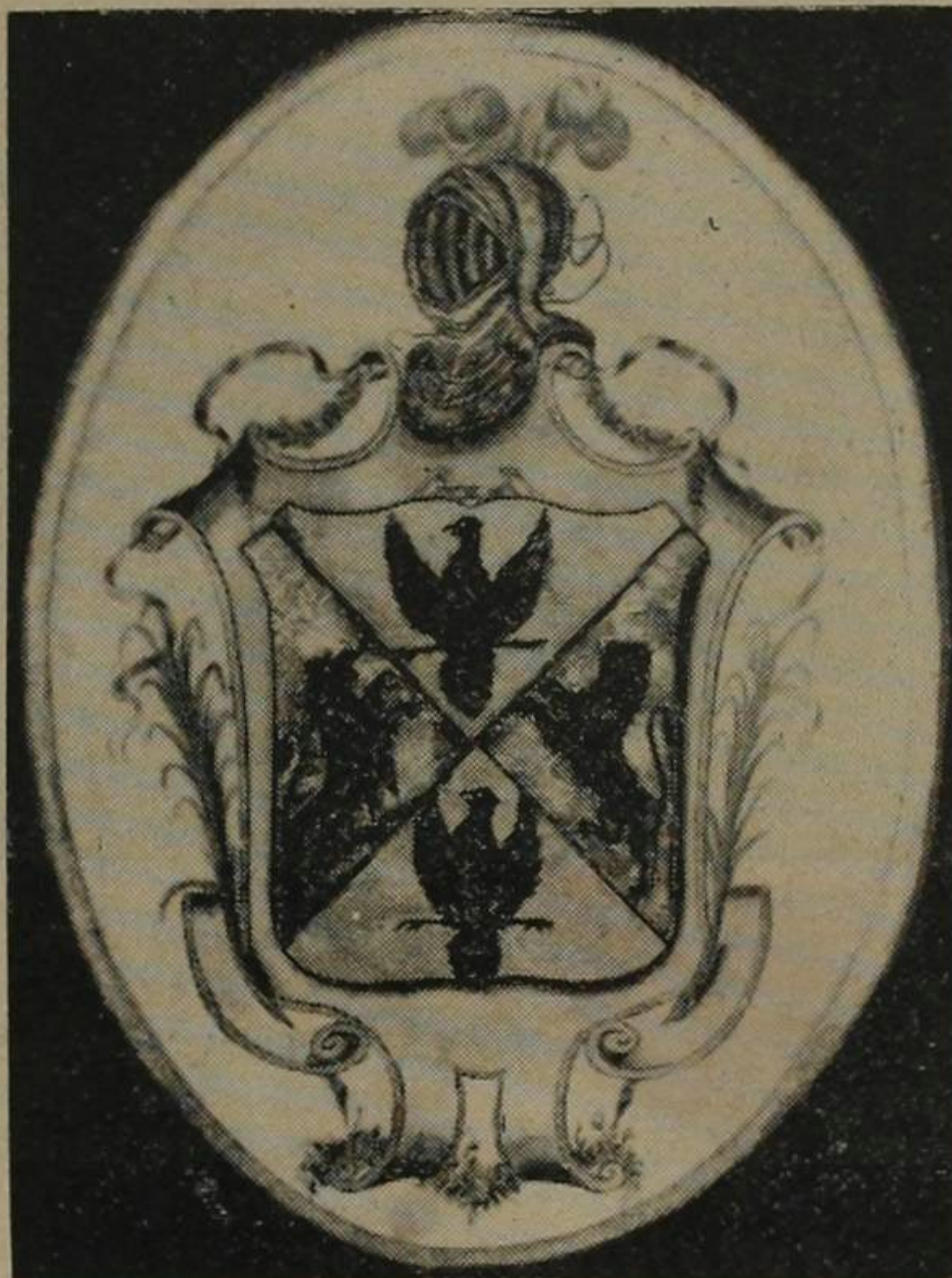
Yo no conozco, al menos, dice Armando Solano, un espíritu más vasto y concienzudamente enriquecido, ni una sensibilidad más inquieta, impresionable y resonante, ni una mayor diafanidad y pureza de ideación, ni una fatalidad lírica más evidente, que las que se han reunido en Valencia, víctima de su genio, excluido por él de los gordos festines de la democracia. Valencia es el poeta de Popayán, no sólo por ser su hijo ni por adorarla como tal, sino por ser en la plebeya y sórdida república de hoy, un espíritu de altura, que sin renegar de sus innatas superioridades, ha tenido en su obra poética y en sus oraciones políticas, momentos de suprema emoción ante el lento martirio de los desheredados. Ni ella sin el poeta, ni éste sin Popayán, quedarían en su íntegra unidad. Tierra es aquella de caballeros exquisitos, de discretísimas damas, en donde la gentileza ha dado su flor. Por lo mismo, es agradable poder sintetizar en el poeta las excelencias todas de la ciudad: su orgullo sereno, su reposado valor, su ansia férvida de saber, su sentido despierto y puntilloso del honor, su latencia lírica.

Y si por el estilo corren las opiniones de los más caracterizados críticos de ambos hemisferios sobre ese singular personaje, a quien he tenido la dicha de tratar diariamente durante seis semanas seguidas en la aristocrática Popayán.

Valencia tiene, más o menos, mi edad: 54 años. Es digno descendiente de la casa nobiliaria de los Condes de Valencia, lo cual atestigua su físico. Su porte es sumamente aristocrático y refinado. Su rostro está caracterizado por un ligero prognatismo de las mandíbulas inferiores y su cabeza tiene la conformación de la de un verdadero tribuno popular. Sin embargo, a pesar de su descendencia aristocrática, es Valencia más democrático que

Guillermo Valencia

El Amo de Popayán



Escudo de los Condes de Casa - Valencia

muchos archidemócratas. A veces se le ve vestido de zamarros y a la cabeza de sus peones, jinete en buena cabalgadura, con el lazo en la mano enlazando y manejando al ganado en su hacienda de Belalcázar, cerca de Popayán, terrenos que, en el siglo xvi, eran de propiedad del Adelantado Don Sebastián de Belalcázar, fundador de las ciudades de Cali-Lili y Popayán.

Es apasionado cazador,

gran Nimrod ante el Señor, en la hacienda de Paletará, que pertenece a D. Ignacio Muñoz, suegro del eximio poeta y uno de los más acaudalados hombres del Cauca. Paletará se halla a 3.050 metros sobre el nivel del mar y al pie del célebre volcán conocido con el nombre de Puracé, que ha sido cantado por casi todos los poetas caucanos.

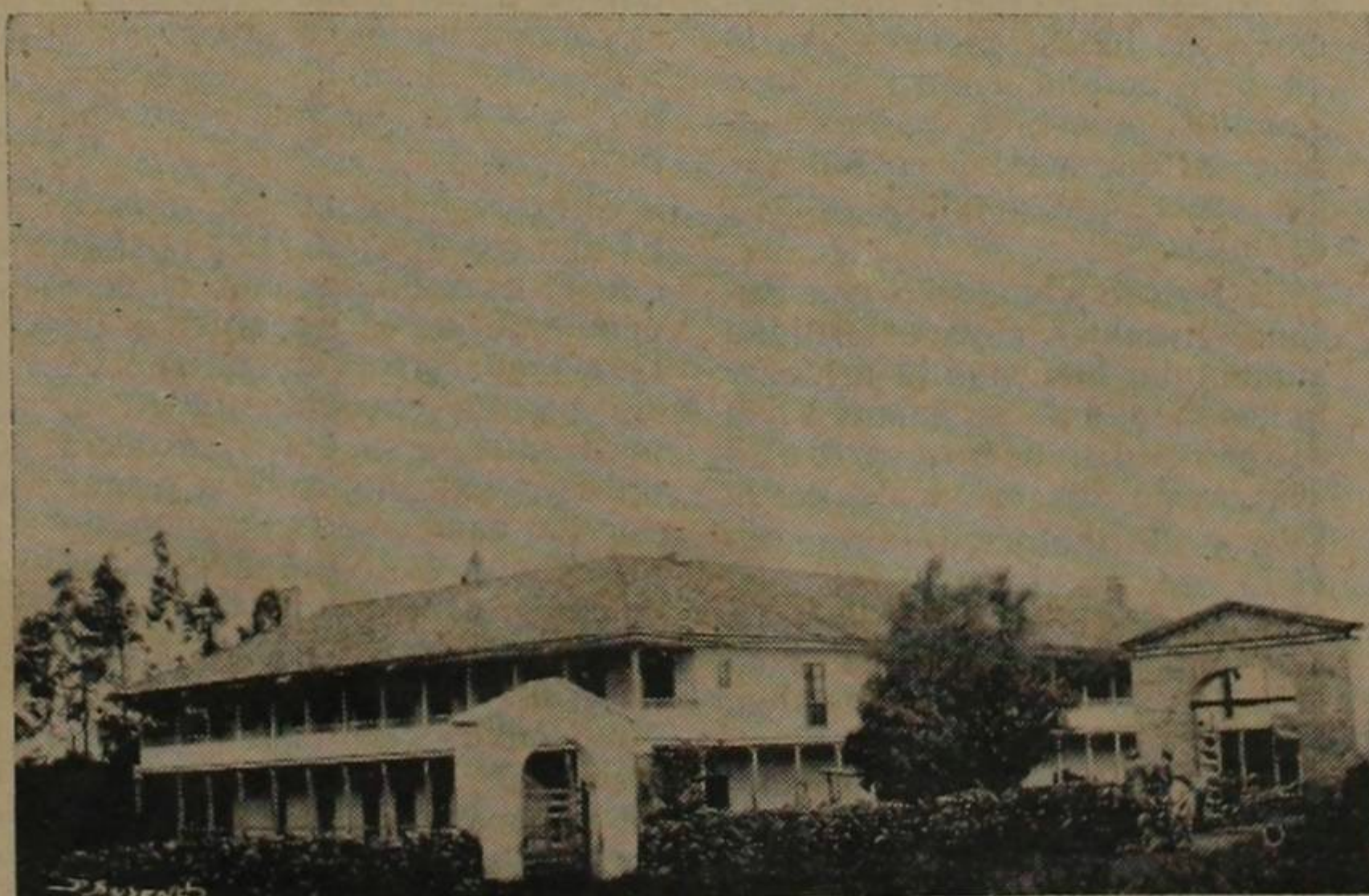
Colombia siempre tuvo fama de ser un país suma-

mente culto. Todos los extranjeros científicos conocen la inmensa labor realizada por esos portentosos cerebros Miguel Antonio Caro, Marco Fidel Suárez, José Manuel Marroquín y especialmente por ese genio que en vida se llamaba Rufino José Cuervo, un verdadero Napoleón de la lingüística. Y a esta notable pléyade de *intelectuales de hecho* pertenece también el eminente caucano Valencia que, indiscutiblemente, hoy por hoy, marcha a la cabeza de la moderna intelectualidad latinoamericana. Contados son los intelectuales latinoamericanos que podrán ostentar una preparación más sólida que Guillermo Valencia, cuyos conocimientos de los clásicos griegos y latinos harían honor a un consumado investigador en filosofía clásica. Más, Guillermo es uno de los pocos latinoamericanos que pueden leer a Goethe en el original y digerirlo; prueba de ello es esa estupenda creación titulada *La tristeza de Goethe*.

Fué Valencia el primero, y quizás el único, intelectual latinoamericano que al llegar a Alemania se dirigió directamente a la ciudad de Weimar, en tiemposidos la residencia de Goethe, para visitar a Nietzsche, el cual ya se encontraba por aquel entonces en el lecho del dolor.

Verdad, no conozco suficientemente toda la obra poética de Valencia, pero sé que en el extranjero se han publicado óptimos juicios sobre *Anarkos*, ese formidable poema que dió margen a tanta y tan apasionada controversia, y en general sobre la obra literaria valenciana.

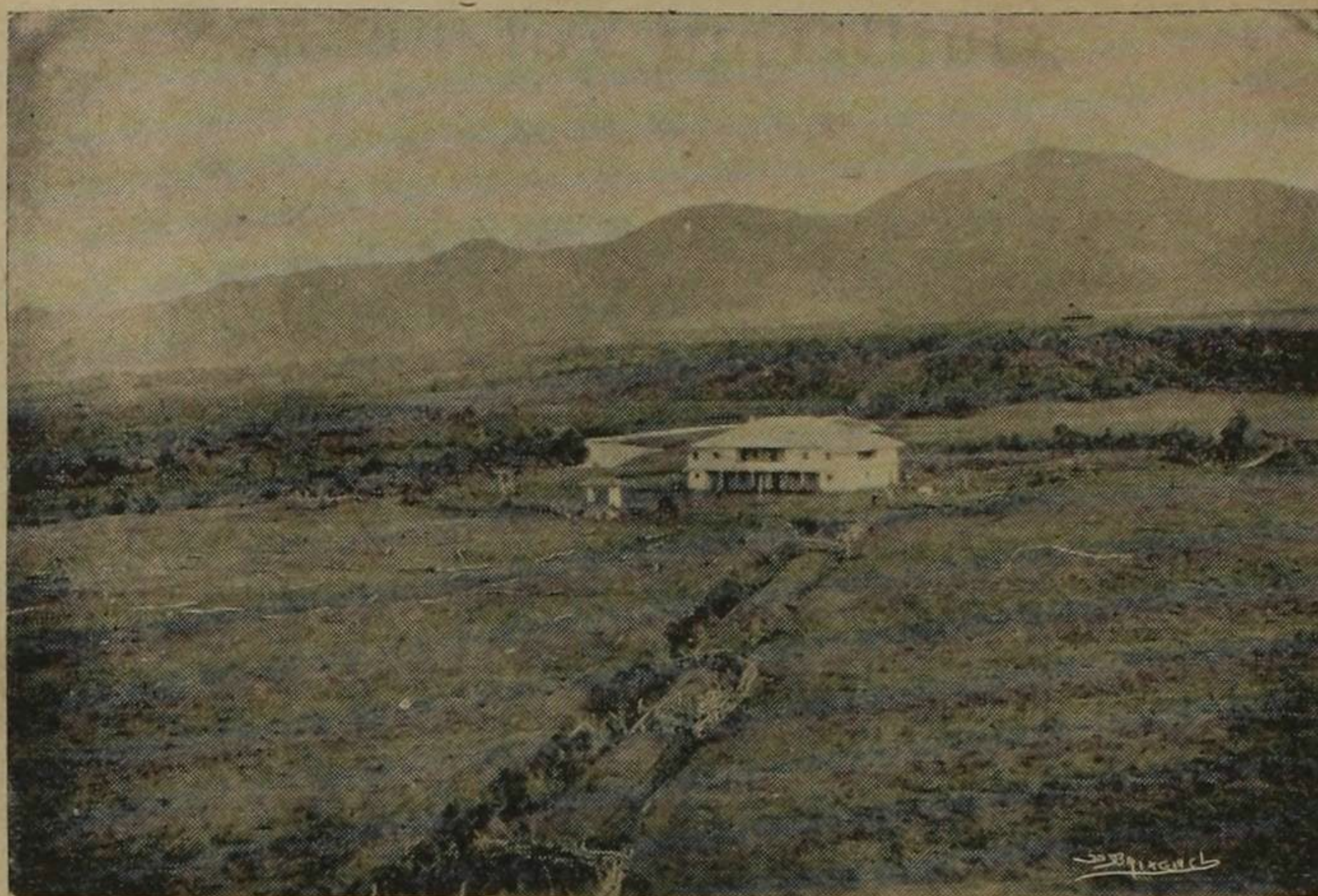
Job, una de sus últimas creaciones, es una verdadera joya del Parnaso colombiano. El tema de este poema, aunque desarrollado de esa grandiosa manera que es tan peculiar del vate caucano, sin embargo, según parece, tiene cierta afinidad con el *Estercolero* de Julio Flórez, uno de los más grandes y más



Belalcázar

populares poetas que haya producido la fecunda patria de la noble estirpe de los Valencianos.

Guillermo Valencia es senador de la República, ha sido diplomático, miembro varias veces de la Cámara de Representantes y ocupa, como es lógico y natural, una posición predominante en el partido conservador. Hasta la fecha ha pronunciado más de cuatrocientos discursos (¡qué pieza oratoria es aquella que ante un auditorio de veinte mil personas *cantó* el día del aniversario del cobarde asesinato del General Uribe



Paletará.—A la entrada del Páramo del Buey

y Uribe), en su mayoría de carácter político.

El grande caucano está

en su apogeo, a pesar de lo mucho que otros y de menor calibre han dicho en

contrario. Sus amigos y conocidos le critican y le tildan de *perezoso*, pero olvidan por completo que, cuando un cerebro como el de este eminente personaje trabaja de veras media hora, entonces «construye sobre ideas y el que construye sobre ideas edifica para la eternidad».

Valencia es viudo y de su matrimonio le quedaron cinco hijos, de los cuales, Alvaro, el menor, en mi humilde opinión, será el sucesor del papá. El joven Alvaro es un genio musical. Todos los poetas son músicos: la poesía es prosa puesta en notas.

Rudolf Schuller

San José, Costa Rica, Julio de 1928.

NADIE hubiera sospechado, bajo el humilde aspecto de aquel viejo guía, judío converso, a un docto hebraísta, lleno de sabiduría talmúdica y conocedor, por añadidura, de lenguas occidentales. Buen sefardita, conservaba por tradición el idioma de sus antepasados y fue en su gracioso español arcaico que, después de acompañarme a las ruinas de Jericó, a las orillas del Mar Muerto y a las soledades de Engadí, me refirió, en resumen, esta curiosa leyenda, que por mi parte amplió y relato ahora, para entretenimiento de los que, como yo, gustan de la historia de Israel y de cuanto evoca la dulce figura de Jesús.

1

En los tiempos en que Elio Lamma era Legado imperial de Tiberio en Siria y Poncio Pilatos Procurador en Judea, existía un fariseo llamado Eliezer, conocido por sus riquezas y por su soberbia. Descendiente de una familia poderosa, que poseía en Engadí, casi desde el tiempo de los amorreos, viñedos opulentos, Eliezer había construido allí una hermosa mansión, fresca bajo las palmeras esbeltas y rodeada de plátanos y sicomoros. El que llegara, por raro acaso, a gozar de su hospitalidad, sabría bien lo que era la belleza de aquel verde oasis, cuyas viñas recuerda Salomón en el Cantar de los Cantares y donde David encontró un dulce refugio cuando huía de las iras de Saúl. Aquel lugar delicioso

Las viñas de Engadí

=Del tomo *Las Nietas de Cleopatra*.
M. Gleizer. Editor. Buenos Aires. 1927.=

era como una esmeralda engastada en el hierro obscuro del desierto de Judá. Porque no había paisaje más suave y amable a los ojos que el que se divisaba desde la blanca casa de Eliezer, ni aguas más puras y cantantes que las que regaban su heredad. Pero el fariseo era áspero, avaro y orgulloso de su linaje.

Sus antepasados eran ciertamente famosos en la historia de Israel. Uno de ellos, llamado también Eliezer, pereció heroicamente durante la persecución de Antioco Epifanio y otro, hermano de Judas Macabeo, murió en una batalla contra Antioco Eupator, aplastado por un elefante al que mató a cuchilladas por creer que conducía al rey enemigo.

El fariseo vivía solo con Susana, su mujer, cuya esterilidad aumentaba aún más la aridez y la hosquedad de su ánimo. Vivía disputando, argumentando acerca de las minucias de la Ley; y de tanto en tanto, llevado de su humor variable, abandonaba su casa y se iba con algunos amigos, ricos como él, a las afueras de Jerusalén, cerca de Bezeta, donde aquellos hipócritas poseían hermosos jardines y donde a cubierto de las miradas ajenas, se bebía y se retozaba alegremente con graciosas cortesanas venidas de Cesárea o con frescas muchachas de Idumea y del país de Moab.

chachas de Idumea y del país de Moab.

Hacía tiempo que hasta Eliezer habían llegado noticias de cierto rabi de Nazareth que predicaba por las aldeas de Galilea y de quien se decía que era el Mesías anunciado por los profetas. El vecino que llevó por primera vez la nueva hasta el poderoso de Engadí, era un hombre sencillo, que acostumbraba recorrer el país al servicio de un rico mercader de Decápola. El no ocultaba su turbación y su esperanza: quizás aquel galileo, de quien se contaba tantos milagros, fuera realmente el enviado del Señor para mejorar la suerte de los hombres.

Eliezer, iucrédulo, miraba a Efraim con desdén. ¿Era posible que el enviado de Dios, el descendiente de la generación de David, apareciera de tal suerte, sin padres conocidos y ricos, para entregarse, como se decía de este extraño rabi, a vagar por los campos en compañía de publicanos y de infelices, o a convivir, orillas del Tiberiades, con pescadores sórdidos y mujeres perdidas?

—Hombre, no sabes lo que dices. El Mesías, si viene, ha de venir en medio de grandes sucesos y prodigios e inmediatamente le reconoceremos por su omnipotencia y por su esplendor.

Pero Efraim movía la cabeza, obstinado:

—¡Quien sabe!... ¡Quien sabe!

Hasta que Eliezer, arrebatado por su celo farisaico, esclavo de las preocupaciones rituales, y lleno de la tradición del Templo, se levantaba indignado, golpeando la mesa con el puño, vociferando, en nombre de la Ley, contra los ignorantes y los crédulos.

Un día, en vísperas de la fiesta de Pascua, Efraim no se encontró solo en casa de Eliezer. Se hallaba también allí un esenio, de los que abundaban en las soledades de Engadí y un saduceo importante, a quien el dueño de casa acogía con munificencia, pues su soberbia podía a veces más que su avaricia y no quería que un hombre influyente en Jerusalén, pudiera decir que Eliezer desconocía las leyes de la hospitalidad.

Vino a hablarse del rabi de Nazareth y el nuevo visitante confirmó las noticias de Efraim y contó cosas sorprendentes, que de momento desconcertaron al fariseo. Simeón venía casualmente de Galilea, adonde fuera enviado por el Sanhedrin, a causa de un conflicto surgido entre las sinagogas y que reclamaba la intervención de un miembro poderoso del Templo. El, que nunca salía de Jerusalén, había tenido que recorrer casi toda la tetraarquía de Herodes Antipas. Y en Cafarnaüm, en Betsaida, en Chorazán, en Magdala, en las márgenes del Genezareth, es decir en todas las tierras de Neftalí y aún en

la Perea, que atravesara al regreso, para evitar los caminos peligrosos de Samaria, había encontrado gentes preocupadas por la aparición del hombre de Nazareth. Es cierto que la mayor parte no creía en él, por lo cual muchas de esas ciudades se habían atraído su maldición. Así se le había oído decir una vez con amargura: «¡Ay de ti Betsaida, ay de ti Chorazin!... ¡Y tu Cafarnaüm, que te elevas hasta el cielo y que serás abatida hasta los infiernos. Porque si los milagros que han sido hechos dentro de tus muros hubieran sido hechos en Sodoma, ella hubiera permanecido de pie hasta hoy!...» Pero también era cierto, según agregaba el saduceo, que había una parte del pueblo poseída de un grave fervor por aquel rabí Jeschoua, que curaba a los enfermos, infundía esperanzas a los pobres y era adorado de las mujeres y de los niños por su misericordia y su dulzura.

Simeón refería los milagros oídos, cuyas nuevas corrían ya por todo el país y habían llegado hasta los graves doctores del Templo. Desde luego, él se mantenía en un vago escepticismo, pero reconocía que aquellas cosas daban mucho que pensar. Y por último, anunció que el rabí se proponía entrar predicando en Jerusalén para la fiesta de la Pascua.

Por su parte, Eliezer, obcecado, acudía a los textos para demostrar que el hombre de Nazareth no podía ser el Mesías prometido por los videntes.

—¡Callad!—decía exhaltado y dejando estallar en sus palabras toda la aversión de los hombres del Templo hacia los agitadores y los profetas que venían a conmover el orden establecido.—Sin duda se trata de un impostor que engaña a esos estúpidos galileos para explotarlos y vivir a sus expensas. O, si queréis, admito que pueda ser uno de esos visionarios engendrados por aspiraciones confusas y por ideas absurdas y condenados a que los apedreen como a los otros en la puerta Esterquilinaria.

Y les recordaba las opiniones desdeñosas que oyera en Jerusalén, de boca de sabios escribas y doctores fariseos, acerca de Jesús.

Sereno, con una ligera sonrisa irónica en la boca sensual, el saduceo hacía reflexiones prudentes. No sentía por cierto ningún entusiasmo por el rabí de Galilea, pero su espíritu ecuaníme, amante de discursar con lógica, se complacía en contrariar a Eliezer, un poco maliciosamente, mostrándole que sus razones y sus citas no eran decisivas. Con voz lenta, recordábale la profecía de Isaías, según la cual, en las tierras de Zabulón y de Neftalí, de la otra parte del Jordán, camino de la mar, en la Galilea de los gentiles, el pueblo que marchaba entre sombras vería una gran luz...

Pero el fariseo discutía aún

con arrogancia. Y como durante la comida hubiera bebido copiosas tazas del rico vino de Sicheim, terminó por encolerizarse.

Junto a él, Susana, silenciosa, miraba con sus oscuros ojos de mujer de Canaan, fijos y muy abiertos, como abstraída en un dulce ensueño. No osaba decir palabra alguna frente a aquel hombre violento, pero en su corazón se alegraba ante las palabras de su huésped, sintiendo ya una secreta simpatía por ese desconocido profeta de Galilea, que amaba a los niños y a las mujeres, que era suave y sencillo y empleaba su poder milagroso en remediar a los enfermos y enjugar el llanto de los tristes de la tierra.

La hora era avanzada. Efraim, Simeón y el esenio resolvieron retirarse y salieron de la estancia, disputando aún.

Afuera, un plenilunio maravilloso iluminaba las huertas y viñedos en torno a la casa de Eliezer. Desde aquella meseta de Engadí, se veía, al pie de las riberas escarpadas, la lámina de plata del lago Asfaltites. Al norte, un promontorio y la embocadura del Jordán; los oscuros montes de Moab al este; al sud, la sombría montaña de Sebbeh, sobre la que se alzaba la villa de Massada y por fin, al oeste, alturas abruptas y áridas. Y todo aquello cobraba raros y prodigiosos contornos, perspectivas misteriosas y profundas bajo el hechizo de la luz lunar. Junto a la morada, rodeada de tamarindos, acacias y laureles, el perfume de los limoneros llenaba el ambiente de una fragancia que levantaba suspiros en el pecho. Era una noche ti-

bia y tan llena de encanto, que el alma se sentía como desprendida de la tierra y flotaba hacia el azul purísimo del firmamento.

Pero Eliezer, ciego ante aquella belleza inefable, iracundo por la contradicción y por el vino, olvidado ya de sus miramientos hacia el saduceo, vociferaba contra los simples y los necios que acogían toda suerte de malsanas novedades y conspiraban así contra la estabilidad del Templo y la santidad de la Ley. Y al despedirse, como si quisiera sellar con una palabra final la certidumbre de sus ideas y de sus creencias estrechas, exclamó, riendo con sarcasmo, a tiempo que abrazaba en un amplio ademán todo el contorno luminoso de sus campos:

—¡Si ese profeta de que habláis no es un impostor o un miserable vagabundo, que mis plantas sean arrasadas por la podre y no quede sana una sola cepa de mis viñas!

Y envolviéndose orgullosamente en el manto, después de saludar con protectora sonrisa a sus visitantes, se volvió hacia la casa, cuyos muros blanqueaban bajo el albor de la luna.

2

Al día siguiente, Eliezer, que había pasado una noche agitada, salió, como tenía por costumbre, a visitar sus dominios. De pronto se detuvo, inmobilizado por el espanto. Las vides que tenía ante sus ojos y que al día anterior aparecían lozanas y promisorias de una vendimia magnífica, yacían achaparradas, abultadas por las agallas, con las hojas blanquecinas do-

voradas por la peste. Lleno de pavor, recordando su juramento de la víspera, avanzó algo más. Ni una sola de las viñas escapaba a aquella desolación. En toda la extensión, antes verdinegra y lucente, solo se veía una especie de masa grisácea y rala. En una sola noche, la peste había hecho presa de sus vides, reduciéndolas a miseros y repugnantes despojos. Convulso, con los ojos dilatados de terror y la lengua casi paralizada, corrió hasta su casa y llamó a Susana pasmada ante el estado de Eliezer que parecía un poseído y que asíéndola de un brazo, solo acertaba a decir penosamente:

—¡Ven a ver!... ¡Ven a ver!...

Le siguió a través de las sendas que rodeaban las viñas, muda de sorpresa e interrogando con los ojos a su marido demente. Él había rasgado su túnica y con el rostro postrado, gemía como Job afligido por las iras de Jehová.

De pronto se irguió. Fue hacia la casa, cogió un amplio manto, se envolvió en él y montando en su asno, que pacía algo más lejos, se despidió apresuradamente de su mujer, diciéndola que volvería pronto y se lanzó por el camino que llevaba hacia Jerusalén.

Con la cabeza caída sobre el pecho, sumido en una mortal perturbación, Eliezer cabalgaba al trote de su jumento. Su única idea era llegar a Jerusalén y ver a aquel en cuyo misterioso poder creía ahora con espanto. No se había atrevido a referir a su mujer su arrogante juramento de la noche anterior, creyendo, supersticiosamente, que el aludir a él le atraería nuevas y mayores desdichas. Anhelaba ver al rabí de Galilea, hablar con él y obtener el remedio de su tribulación y la paz de su espíritu. No podía dudar de que una potencia secreta y terrible se abatía sobre él y ya se veía con los ojos de la imaginación despojado de todas sus riquezas, hundido en afrentosa miseria, afligido por alguna peste vergonzosa y reducido a pedir limosna en las calles de Jerusalén. Recordaba la satisfacción y la alegría con que en años anteriores había hecho ese mismo camino para asistir a la celebración de la Pascua y comparando su prosperidad de entonces con la amargura de esos instantes, hondos suspiros se escapaban de su pecho oprimido.

Así recorrió los trescientos estadios que separaban a Engadí de la ciudad de Sión. Ya al aproximarse a ésta, se advertía la afluencia enorme de peregrinos que iban a las fiestas de la Pascua desde todos los puntos del país, en ambas márgenes del Jordán. Montados en camellos, hacaneas y burros o bien a pie, hombres de todas edades, mujeres y niños, llenos de provisiones, llevando vestimentas multicolores, prorrumpiendo en cánticos sagrados, agitando palmas y loando a la

Quien habla de la

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa, más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada,

Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPE

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

vieja Sión, cuya claridad se distinguía ya cercana, formaban un conjunto jubiloso, deslumbrador, de un colorido soberbio, de una impresionante grandeza.

Voces llenas de unción se elevaban repitiendo versos de los salmos:

—¡De Sión, perfección de hermosura, Dios resplandeció!

Con acento profundo, un viejo de barbas patriarcales, los brazos en alto, clamaba:

—¡Jehová en Sión es grande y ensalzado sobre todos los pueblos!

Pero Eliezer seguía ajeno a toda aquella alegría y a todo aquel entusiasmo de Israel en adoración de su Dios; sumido en sus pensamientos de destrucción y de muerte, abatido en su loco orgullo por aquel suceso inaudito que de pronto venía a trastornar todas sus viejas creencias de hombre de la Ley. Con esta congoja en el alma y estas cavilaciones royéndole el espíritu, penetró en Jerusalén.

3

Por esos días, Jesús de Nazareth, retirado en Betania con sus amigos, se disponía a hacer su entrada en la ciudad santa, esta vez con más solemnidad y menos reserva que en sus breves apariciones anteriores. Sabía que, además de sus discípulos, un grupo numeroso de galileos venidos para la festividad y que simpatizaban con su amorosa doctrina, le acogería y escoltaría en Jerusalén y sentía la ocasión venida de emprender, alzándose frente a la majestad hipócrita del Templo, la conquista de las almas para el reino de Dios. Las líneas del conflicto que debía precipitar su tragedia se hallaban ya tendidas. Las nuevas de la resurrección de Lázaro habían llevado al colmo el escándalo y la alarma entre los miembros del Sanhedrín y habían inspirado al Gran Sacerdote dictámenes severísimos. Astutos, cavilosos, vigilantes, los judíos, obligados a desplegar toda su sutileza política bajo el yugo odioso del romano, no se ocultaban los peligros que la propaganda del rabí podía entrañar para la nación. No sólo Jesús conspiraba directamente contra ellos, desgastando con su ironía y con la elocuencia de sus parábolas, como con una lima infalible, su autoridad y su prestigio, sino que, soliviantando al pueblo con milagros y hechos sorprendentes, aquel taumaturgo podía suministrar al opresor un nuevo pretexto para intervenir y arruinar definitivamente a la nación judía. El recuerdo de la revuelta del Acueducto estaba aún vivo en todas las memorias y el espectro de las legiones, dispuestas a caer desde la Torre Antonia para aniquilar a la población, llenaba el espíritu de los sacerdotes de una angustiosa inquietud.

La pérdida de Jesús estaba ya decretada y en todos los conci-

liábulo cundía la frase sabia y prudente atribuida a Caifás:

—El Gran Sacerdote ha dicho bien: Más vale que muera un hombre y no todo un pueblo.

Al penetrar en Jerusalén, Eliezer se enteró de todas estas nuevas por boca de José, un rico judío como él, muy vinculado a los negocios del Templo y en cuya casa fué a hospedarse. Comprendió entonces que debía ocultar cuidadosamente la revelación de sus preocupaciones íntimas y de su interés por el rabí de Galilea.

Después de la comida, durante la cual su mutismo y el sufrimiento visible en su fisonomía inquietaron a José, Eliezer sintió agravarse su mal estar y cayó en cama postrado por una fiebre devorante. Durante la noche se le oyó delirar sin tregua. Decía cosas extrañas. Intentaba levantarse para ir en busca del rabí de Nazareth o le maldecía con encono. Hablaba de la ruina de su casa y de la devastación de sus predios. Así pasó unos días durante los cuales su estado inspiraba serios temores a José. Luego la fiebre desapareció, pero la postración de Eliezer era tan grande, que debió permanecer en el lecho casi toda la semana.

Cuando por fin se encontró curado, supo los extraordinarios sucesos acaecidos durante su dolencia. El drama de que era protagonista Jesús de Galilea se había desarrollado en esos días con una celeridad sorprendente. José, bien informado y testigo de muchas fases del acontecimiento, hizo a Eliezer un relato minucioso, manifestando la satisfacción que le producía el que aquel odioso perturbador hubiera sido prestamente abatido por las autoridades del Templo.

Eliezer supo así que al día siguiente de haber llegado él a Jerusalén, Jesús viniendo de Betania con un grupo de discípulos, había enviado a buscar un asno en Betfagé y que montado sobre él, había hecho su entrada en la ciudad, aclamado como el Mesías por una muchedumbre de gentes miserables, galileos en su mayor parte. Se contaba que el rabí había llorado sobre la ciudad, prediciendo su ruina. En los días subsiguientes había hecho el mismo camino hasta el Templo, volviendo a pernoctar en Betania. José agregaba que Jesús persiguió violentamente a los vendedores que se encontraban en el atrio de los gentiles, llamándolos ladrones; que sostuvo una discusión con algunos fariseos a propósito del tributo al César; que había anunciado la ruina del templo, jactándose locamente de que él podría reconstruirlo en tres días y había indignado en todas formas a los miembros del Sanhedrín, proclamándose el hijo de Dios y predicando la destrucción de la Ley y el advenimiento de su nuevo reino.

Finalmente, resuelto el Sanhedrín a ahogar aquella sedi-

ción, Jesús había sido preso esa misma noche por los soldados y servidores del Templo, mientras se encontraba con sus discípulos en el huerto de Getsemaní. Llevado ante Anás y Caifás, había renovado sus insolencias, afirmando ser el hijo de Dios y obligando a los sacerdotes, con aquellas blasfemias reiteradas, a condenarle a muerte.

Estas nuevas eran transmitidas por José a Eliezer, ya tarde, en la noche del jueves. El fariseo las oía en profundo silencio, ocultando apenas la inquietud mortal que todo aquello le causaba.

—¿Y ahora?—preguntó tímidamente cuando José hubo concluido su relato.

—Ahora el rabí yace en la prisión de la casa de Caifás. Luego el Sanhedrín deberá reiterar su sentencia, pues las decisiones tomadas de noche no son válidas; y más tarde será enviado al Pretorio para que el romano le juzgue a su vez.

Eliezer, insomne, pasó el resto de la noche en una febril agitación.

El viernes, José, que había salido desde temprano, volvió apresurado en busca de su amigo. Jesús acababa de ser sometido al Procurador para que confirmara la sentencia dictada por el Sanhedrín y la hiciera ejecutoria. Pero el miserable Poncio, con su consabida tendencia a contrariar en todo a los judíos, declaró que no encontraba razón para condenar a Jesús y buscando desentenderse del asunto, envió el reo al tetrarca Antipas, que se hallaba accidentalmente en Jerusalén con motivo de las fiestas y que por su parte devolvió a Jesús considerándolo un loco inofensivo. Hasta que el pueblo, indignado por los recursos dilatorios del Procurador, exigió enérgicamente justicia, amenazando a Poncio con denunciarle ante Elio Lamma y aún ante Tiberio como gestor infiel de los intereses del César, contra cuya majestad se había rebelado Jesús. Ante esta actitud, el romano no había podido menos que entregar al reo decretando la ejecución. Aquel mismo día el rabí sería crucificado y el pueblo judío se vería al fin libre de ese revolucionario funesto. En esos mismos momentos, el cortejo había partido del Pretorio por el lado del Tyrepeón y se encaminaba a las afueras de la ciudad donde la ejecución debía realizarse.

Una gran angustia se apoderó de Eliezer. Oprimiendo el brazo de su amigo le impulsó hacia la puerta:

—Vamos, vamos pronto. ¡Quiero verle!

Atribuyendo aquel afán a una natural curiosidad, José se lanzó afuera en pos del fariseo.

Como el cortejo marchaba con lentitud, los dos amigos pudieron alcanzarlo en el momento en que iba a franquear la Puerta Judiciaria. Una compañía de soldados, mandados por un decurión, rodeaba la figura de

Jesús. El lictor, llevando la sentencia, conforme al ritual romano, abría gravemente la marcha y una multitud considerable de hombres y mujeres componía la triste comitiva que desfilaba entre dos ávidas filas de pueblo. Varios miembros del Sanhedrín y doctores fariseos, satisfechos de la victoria que acababan de obtener sobre el recalcitrante Poncio, sonreían regocijados. Algunos hacían amplios ademanes, mofándose de Jesús, o extendían hacia él un puño rencoroso. Unas mujeres lloraban. Eliezer, desencajado, pálido, haciendo un esfuerzo, consiguió hendir la multitud y colocarse al paso del condenado. Entonces pudo ver, por primera vez, a aquel cuya idea le perseguía desde tanto tiempo como una dolorosa obsesión.

Encorvado bajo el peso de la cruz, que un mocetón robusto sostenía por el otro extremo, el rabí marchaba penosamente, tropezando a menudo en las piedras del camino. Una túnica blanca, sucia de lodo, cubría su cuerpo descarnado. Las manos de una increíble palidez, se aferraban al brazo del madero aplastante. Medio oculto bajo los pesados cabellos, rodeados por una corona de espinas, el rostro era apenas una máscara terrosa y trágica. La sangre y el sudor, mezclados, corrían por la barba hirsuta y por la noble nariz aquilina. Los caídos párpados velaban aquellos ojos serenos y luminosos que hacía un momento habían desafiado, con tan valerosa resignación, las iras de un pueblo inconsciente y cruel.

Entonces Eliezer, poseído de una súbita desesperación, olvidado de su carácter de hombre del Templo, de los fariseos que le rodeaban, de los peligros que le acechaban, sintiéndose desasido de todo interés mundano, capaz del heroísmo y del martirio, dió ansiosamente un paso hacia el galileo:

—¡Rabí! ¡Rabí de Nazareth!

Su voz sonaba como un grito de desolación; como el llamamiento de una angustia sin amparo. Era trágica.

Un temblor corrió entre la multitud cercana. Algunos viejos miraban curiosamente, serenos, expectantes.

Con un lento esfuerzo, Jesús levantó hacia Eliezer el abatido rostro mortal. Por un instante, sus ojos se fijaron profundamente en los ojos dilatados del fariseo. Pero aquella mirada ya no era humana...

Los brazos extendidos, Eliezer dió otro paso adelante. Y su voz se quebró en un sollozo brusco.

—¡Rabí, perdóname!

Un centurión, golpeándole el pecho con el extremo ferrado de su conto, le hizo rodar desmayado sobre las piedras.

4

Cuando Eliezer volvió en sí, se encontró de nuevo sobre su lecho en casa de José. La mi-

rada severa de éste le trajo inmediatamente a la memoria los sucesos de aquella tarde. Comprendió que su amigo debía condenar una actitud para él inexplicable y le invadió de inmediato un sentimiento de confusión y de temor, bien pronto substituído por una profunda indiferencia hacia lo que pudiera pensar su amigo y por el retorno del recuerdo punzante de Jesús de Galilea.

Ansiosamente, sin disimular, le interrogó:

—Dime, ¿ha muerto ya?

José guardó silencio un instante. Su mirada se clavaba, dura, terrible, en el rostro demudado del fariseo.

—Eliezer, Eliezer, no te reconozco. ¿Qué vínculos secretos tienes tú con ese hombre? ¿Qué es lo que te ha impulsado a hacer lo que hoy hiciste? Los sacerdotes están cólericos contra ti. Otros te creen demente. En verdad te digo que no mereces mi hospitalidad. Te he hecho conducir a mi casa porque no podía dejarte morir en la calle como un perro sarnoso. Pero tu presencia aquí me traerá más de un desasosiego.

Eliezer escuchaba indiferente aquellos reproches amargos. El egoísmo de José, su modo de arrojarle, no podían herir su alma, ocupada ahora por más trascendentes pensamientos. Resignado, humilde, se levantó, cogiendo su manto.

—Perdona, José. Si mi presencia aquí te es molesta, voy a librarte de ella al instante...

El otro sintió un vago escrúpulo:

—¡Pero al menos explicame... justificatelo...

El ezer tuvo una sonrisa triste. ¿Cómo podría confiar a José su secreto y hacerle comprender por qué misterioso proceso había llegado hasta su rapto de la tarde? Era preferible seguir ocultando. Y mintió:

—Nada puedo decirte. Yo mismo no comprendo lo que me ha acontecido. He obrado en un instante de enagenación. Mi debilidad, la fiebre, el espectáculo de aquel hombre sangriento. Ha sido un instante de delirio. Eso es todo...

Se despidió melancólicamente de José y montado en su burro se puso en marcha para regresar a Engadí. En el camino, como se atreviera a interrogar a algunos vecinos sobre la crucifixión del Rabí, dió con uno que, viniendo casualmente del Calvario, pudo suministrarle noticias abundantes acerca de los últimos momentos de Jesús.

En su tranquila casa de Engadí, Susana, entretanto, aguardaba paciente el regreso de Eliezer. En los primeros momentos, inquieta, había despachado a dos de sus siervos a Jerusalén para que investigaran el paradero de su esposo, cuyo estado, antes de la partida, tanto la había sobresaltado. Los emisarios no tardaron en saber que su amo se encontraba en casa de José, donde acostumbraba aparecer a menudo. No

queriendo afligir a Susana, José ocultó la enfermedad de su amigo, y le envió a decir que éste se disponía a celebrar en su compañía la fiesta de la Pascua. Susana, acostumbrada, por lo demás, a las ausencias y extravagancias de Eliezer, había continuado entonces esperándole sin inquietud.

Durante el camino, la tristeza de Eliezer iba continuamente en aumento. Los sucesos de los últimos días, su visión de Jesús de Galilea, habían trastornado su espíritu de una manera profunda. Comprendía que en su vida se habían cumplido acontecimientos irreparables. El hombre antiguo había muerto en él para dar nacimiento a otro ser distinto, lleno de inquietud y de zozobra. Sentíase divorciado de sus antiguas ideas y sin fe suficiente para abrazar otras nuevas, que sin embargo le preocupaban y atraían como un llamado del misterio entrevisto. Y su espíritu se sentía así, desamparado y flotante, entre dos mundos enormes y diversos.

A medida que se aproximaba a su morada, otra preocupación más concreta y obsesiva iba invadiendo el ánimo de Eliezer. La idea de que volvería a ver sus viñas devoradas por la enfermedad, testimonio terrible de sus vicisitudes recientes y de la catástrofe sobrevenida en su existencia, le atormentaba como una interna quemadura. Se sentía sin fuerzas para afrontar aquel espectáculo doloroso de su ruina, origen de todas sus desazones.

Pero cuando se encontró bastante cerca de su heredad, le pareció ver que el contorno mostraba el mismo aspecto que en los días anteriores al suceso que tanta influencia había tenido en su vida. Apresuró la marcha de su cabalgadura y vió, con mirada dilatada por la estupefacción, que las viñas que él creía encontrar destruídas, se ofrecían por el contrario a su vista más hermosas que nunca, con sus racimos opulentos y sus pámpanos lozanos.

Recorrió apresuradamente una larga extensión y comprobó que por todas partes las vides fructificaban magníficamente y que jamás sus plantaciones habían sido más fecundas y promisorias.

Entonces hirió su espíritu una duda tremenda. ¿Estaría realmente en presencia de un milagro, o el espectáculo de sus viñas devastadas había sido una ilusión de sus sentidos, un engaño de su imaginación que ahora se desvanecía ante la realidad?

Aquella duda le atormentaba hasta volverle loco. ¿Cómo escapar a ella, cómo saber de una vez y para siempre la verdad? Tal vez todo eso era un milagro del rabí, apiadado de su desdicha, compadecido ante su contrición y ante la sinceridad con que él había clamado demandando perdón. Pero tal vez, también, sus viñas habían

estado siempre tan florecientes como ahora y él, en un instante de desvarío, había creído verlas arruinadas y enfermas.

En ese trance, pensó de pronto en el único testimonio que podía arrancarle a aquella incertidumbre: Susana había visto como él las vides asoladas por la peste, había asistido muda de sorpresa, a aquel cuadro doloroso y a su desesperación. Ella podría confirmarle si era verdad que se hallaba ante un milagro inaudito y libertarle de aquella inquietud terrible.

Ansioso, corrió hacia la casa, llamando a gritos a su mujer. Ella acudió, serena como siempre, habituada a las sorpresas

y gestos de Eliezer, por quien sentía cierta compasión mezclada de ternura, como ante un niño enfermo.

—¡Ven—decía él exaltado—ven, mira las viñas!

Ella le interrogaba con los ojos, sin comprender:

—¿Y bien?

—Míralas, lucientes y bellas como antes. ¿No recuerdas? ¿No recuerdas que hace unos días yacían devoradas por la peste, secas y podridas? ¿No es cierto que tú las viste también?

Pero Susana, perpleja, mirando con fijeza al fariseo, movía la cabeza obstinadamente:

—En verdad, Eliezer, no sé de qué me hablas...

Alvaro Melian Lafinur

Jerusalén, febrero de 1926.

Noticia de libros

El pueblo del sol, de AUGUSTO AGUIRRE MORALES.

REBELARONSE los Chinchas contra la dominación de los Incas y fueron vencidos. Se apronta el castigo de los capitanes rebeldes y la guardia punitiva está allí, junto al mar, contemplando esa majestad hasta entonces desconocida para estos soldados venidos de las altiplanicies del corazón del Imperio. De súbito, el agrio sonar de las trompetas de piedra rasga los lienzos del aire que cuelgan sobre el mar desde la altura infinita. Los jefes prisioneros, gravemente escoltados, están ya dispuestos al tormento: los cinco hermanos Kuntis, príncipes de la sangre, que perderán los ojos; treinta guerreros chinchas que perderán tres dientes cada uno; Gonac, que será mutilado; Chinchaymanku, la mente dictatriz de la rebelión, que beberá la poción fatídica que «le arrancará las ideas de la cabeza». Y cuando después de infligido el castigo emprenden las tropas su regreso a Kosko, rompe la montante soledad de la playa un grito estentoreo lanzado por Chinchaymanku: *Chinchacamac! Chinchacamac!* que es la deidad de los Chinchas. Y sobre las arenas y sobre las aguas, como salida de la garganta de una siniestra concha marina, brota una profética, oceánica carcacha que pone su estremecimiento de locura en todas las grandes escenas, de la primera a la última, de este suntuoso drama con que se preludia la caída de un Imperio.

Aguirre Morales ha sonado una trompeta de vida sobre las ruinas incásicas y se han des-pavorido todas las sombras que parecían reposar: se alza otra vez el Imperio ante nuestros ojos admirativos, y presenciemos la turbulenta agitación de un pueblo de conquistadores durante un breve período representativo de su historia. Porque aquí es donde se ha puesto en

más diáfana evidencia la fuerza de su talento artístico: sobre un firme bastidor de historia—como se la conoce hasta ahora—el autor ha bordado una novela que nos sería casi imposible des-imperio-peruanizar.

La nación de los Chumpihuillcas sacude el yugo de los Koskos. La capital del Imperio se conmueve: hay que someter a los rebeldes por la fuerza de las armas. La división en el seno de la dinastía incásica roe ya las ataduras de una antigua unión que constituyó su fuerza. El rey chincha, Mallku, preve la posibilidad de un golpe de fortuna en esta nueva guerra y haciendo causa común con los Koskos parte en la expedición, al lado de las fuerzas del Imperio, contra los Chumpihuillcas. La victoria corona las fuerzas del Imperio y Malku se ha señalado por su valor y por su consejo. Mas cuando, a su regreso a la capital, intenta el golpe de estado, la suerte le desdeña y la torre de su ambición se desploma sobre su cabeza y arruina la última esperanza de los Chinchas. Tal es el marco en que se encuadra la vida intensa de esta novela.

Toda ella escrita con amor, con una profunda sinceridad que ha dado huesos, y carnes, y pasiones a las más de sus criaturas; algunas de las cuales más son visiones de una realidad transcendente que meras fantasías. Han vivido al calor de un corazón ardiente, y adquirido relieve a fuerza de ser pensadas una y otra vez. Hay figuras dotadas de gracia, como Kusi, Amankai, Nikex, Olfe, Amai, y figuras de continente viril como Inka Chalku y Malku; otra en que se sueldan el buen humor con la ternura y la lealtad con el heroísmo, la de Paucarr. Mas por encima de todas ellas está la de Chinchaymanku, en cuya

creación el talento de Aguirre Morales fué iluminado por un relámpago de genio: la bebida que al chinchá arrebató las ideas de la cabeza, le infundió el don de videncia, la visión profética, la voz trágica, de los profetas de razas o naciones que ya no saben oír ni obedecer la originaria voz de su destino. Chinchacamac es el grito de una raza próxima a perecer, resonando por las playas y las sierras que sintieron el paso de sus triunfos en el zenit de su grandeza. Así fué el grito de *Pan han muerto* que oyera aquel marinero que se llamó Tamuz, y que llenó de asombro las encantadas riberas del Mediterráneo.

Las bellezas de la obra son grandes y numerosas. La trágica primera grande escena,—el castigo de los jefes rebeldes chinchas—me hizo cerrar los ojos, tal la realidad de vida en ella. Respiré la atmósfera emanada de la decadencia de Kosko; asistí a combates, a emboscadas, a duelos, a persecuciones, a intrigas políticas y amorosas, a sacrificios religiosos, a procesiones llenas de pompa imperial: por espacio de algunos días he vivido en íntima comunión con las gentes del antiguo Kosko. Tan completa, tan cordial, tan intuitiva ha sido la erudición incásica de Aguirre Morales que se la siente en todas partes y no se la ve ostentadamente en ninguna.

Las cláusulas, amenudo tan armónicas; las voluntarias repeticiones encaminadas a evocar las características de un personaje o de un paisaje; las muchas embriagueces de inspiración que el autor ha experimentado mientras escribía y que para él constituyeron el mayor deleite de su trabajo, su recompensa espiritual que le hará mirar todo elogio a su libro con una condescendiente simpatía; todo esto, digo, hace de la obra uno de los grandes poemas de América y del autor, uno de los más salientes poetas de la época.

Y si este libro no llevase un prólogo, con esas palabras terminaría mi alabanza.

La belleza de la obra, los muchos momentos de feliz inspiración que ella contiene, los breves, pero seguros toques de genio que iluminan algunas de sus páginas, la honda y al mismo tiempo discreta erudición con que toda la trama se halla entretejida, todo ello confiere al escritor una autoridad que justificaría nuestra exigencia de que el prólogo guardase el mismo compás y la misma elevación de los mejores pasajes de su libro.

Esto, en mi opinión, por desgracia no ocurre así.

Contiene el prólogo dos clases de declaraciones: una explicación genética de la obra y la afirmación de un principio general. Esa explicación de cómo se generó su poema es útil para el historiador de la Literatura del Continente; es bienvenida.

No así la afirmación de un principio general en nombre del cual pudiera condenarse toda creación artística que no se conformase con el rigor del principio. El cual, en las palabras de Aguirre Morales, es como sigue:

«...volví los ojos a lo mío, a aquello en que, seguramente, mi alma habría de palpar con más fuerte emocionalidad y en lo que habría de verse mi espíritu con la cruda arrogancia y la gracia de mi raza. Y comprendí que esa o cualquiera otra ruta americanista que diera sello propio a nuestro arte, era el único camino de los que sentíamos de verdad el soplo divino de la belleza».

Declaración fuerte y sincera, apoyada en una bella obra realizada de conformidad con el principio enunciado; por tanto, más difícil de discutir. Pero en nombre del Arte habrá que discutirlo.

El sello propio de una obra de arte no transita por rutas americanistas o internacionales: viene del hondo del ser humano, del corazón o del genio del artista. Las civilizaciones en que los artistas han aparecido, o puedan aparecer, constituyen el conjunto de circunstancias dentro de las cuales el genio se desenvuelve: la grandeza de su obra depende de la humanidad que la anime, de la expansión de conciencia que implique, de la visión de belleza, o de verdad que haya incorporado en ella. En todas las creaciones del arte sólo una cosa importa: la

humanidad, ya sea la del autor —que las gentes llaman su personalidad—o ya la de las creaciones mismas. El artista de verdad, cuando la divina locura de la inspiración le arrebató, crea de acuerdo con principios que pueden no ser los suyos, pero que luego se ve compelido a aceptar porque sabe que aquel arrebató le hizo superior a sí mismo. Por eso es que el artista sale más grande y exaltado del seno de su propia obra. «No se escribe el libro que se desea. Hay una especie de fatalidad en el primer impulso que os dicta la idea. Después es una idea inconsciente, una voluntad superior, algo como una necesidad de escribir que os ordenan la obra y os traen la pluma a la mano»—escribió Goncourt en su *Diario*. Pero este es el consenso universal de todos los hombres que han sabido obedecer los llamamientos de la inspiración o las imposiciones de su genio. El mismo Aguirre Morales escribe: «La época en que lo escribí (su libro), ha dejado en mi espíritu la impresión de una pesadilla luminosa». La expresión es correcta: no siempre está a nuestro alcance el desterrar de la mente una pesadilla. Y si el primer deber del artista—como del hombre—es ser sincero consigo mismo y de respetar la inspiración que le viene de lo alto, oír la voz de su genio, si no quiere renunciar del todo a su destino, entonces la ruta americanista es tan estrecha y

tan falsa como la que ofrezca cualquiera otra escuela de arte. Toda escuela artística tiene la duración del genio que la descubrió dentro de sí, porque sus discípulos y continuadores viven de la luz prestada hasta el momento en que su hora de originalidad se enciende en su vida.

La ruta americanista transitada por Aguirre Morales le ha conducido a la realización de una bella obra; pero él tiene en la estructura hereditaria de su ser una larga veta imperial que le predispone a la comprensión, a la adivinación de emociones y de ideas del Imperio. Por espacio de diez años toda su actividad intelectual se desarrolló en un ambiente incásico y se ha sentido, al fin, uno de los habitantes del Imperio. No de otra suerte, ni en más breve plazo, alcanzó Flaubert la intensidad de sus visiones de *Salambo*.

Por otra parte, la civilización y la cultura del Continente Americano se basarán en algo más grande y permanente que las tendencias americanistas, las cuales con un más vasto horizonte que el implícito en la declaración del autor, constituirán una parte—una parte tan sólo—de la actividad intelectual y artística del Continente.

La expresión de Nuevo Mundo debería tener para nosotros el mismo hondo sentido que tuvo para Dante *La Vita Nuova*: una más alta y más espiritual visión de América, como para el Florentino una más espiritual visión de la vida. Si América debe ser para los americanos es porque los americanos deben ser para la Humanidad. De otra suerte se perpetuarían en América los mismos elementos que hicieron la historia del Viejo Mundo lo que haya sido, y es aún, cuando signos preñados de sentido anuncian para la América un más bello y más espiritual destino, superior a todos los provincialismos que nosotros erigiríamos recorriendo «rutas americanistas».

Esté atento el artista americano a la voz de su genio y siga las sugerencias que de allí le vengan. Pero esté seguro de que son suyas; que no le vienen de afuera, porque esto significa una traición a su más sacro yo.

Todas las grandes obras de arte se desbordan de los continentes endonde aparecen y alcanzan la vastedad del corazón humano, el cual es tanto americano como asiático, y europeo tanto como del África, de los Hiperbóreos tanto como de Australia. El arte americano resultará no de la resurrección de diseminados fragmentos de civilizaciones que florecieron en suelo de América, sino de la conciencia que los artistas desenvuelvan respecto de la función del Continente dentro del conjunto de la Humanidad. El arte por excelencia americano habrá de ser profundamente humano, esto es, universal. Puede muy bien el pensamiento o la emoción vaciarse en los gráciles

Amanecer

Crucifico mi angustia
en la indiferencia

de TODOS

Su

TRAICION

me hace guiños siniestros

y me invita

a recorrer

las distancias

Su

NOMBRE

salta en todos mis caminos
como un hermoso perro

SALVAJE

C

a

e

en mis ojos la canción callejera de un muchacho
y MI DOLOR

se expande y se recoge
en círculos concéntricos

.....Pero proletarizo mi tragedia
y el gesto amargo de mi boca
se rompe

EN UNA SONRISA DE ESPERANZA

Mariblanca Sábás Alomá

Habana, 1928

vasos de Chíncha o en los pesados jarrones de Kosko, o en los cántaros del Petén o de Yucatán: la fragancia del contenido habrá de ser para embriagar todo corazón humano. Ni podrá ser de otra manera. La erudición, sin el genio del artista, se convierte en cansado informe, archivo o cronicón.

Esta obra de Aguirre Morales, tan americana por el intento y por el asunto, a cada momento me ha traído al corazón o la memoria rasgos tan hondamente humanos que se les halla en otras literaturas, antiguas y contemporáneas. No es este uno de sus menores encantos.

Así las conversaciones de los soldados de Runtu en la playa recuerdan conversaciones de índole semejante en *Salambó*, en la *Salomé* de Wilde y en la *Belkiss* de Eugenio de Castro. El contraste de los Chinchas y Koskos tiene su paralelo en el contraste señalado entre Atenenses y Espartanos por todos los clásicos de la Historia Griega. El sacrificio del uanaku tiene su semejante en todos los sacrificios de animales de la raza aria, si bien es vario el instrumento con que se opera la muerte de la víctima. La exaltación de locura de las mujeres chinchas recuerda la locura de las Ménades y su suicidio ahogándose en el río tiene su equivalente en la danza de las mujeres ilotas, en condiciones semejantes.

El arribo de Mallku a la playa cuando se le espera recuerda recursos semejantes en Dumas, Hugo y Sue. Un rasgo de Kusi Huallpa me sorprendió de la manera más delicada trayéndome a la memoria un tierno pasaje de Tibulo que expresa el mismo sentimiento de veneración delante de los altares o de los tributos consagrados a las divinidades de los campos o en los guardacantones en las encrucijadas. Tibulo dice: «Porque me inclino reverente endonde yacen guirnalda de flores sobre los solitarios troncos o sobre las piedras en las encrucijadas y de todos mis frutos que la estación madura deposita las primicias ante el dios guardián de la región». Aguirre Morales dice de Kusi Huallpa: «Como avanzaba el noble se iba inclinando, reverente, ante cada una de las huacas que, desde el centro de la ciudad imperial... llegaban hasta los confines meridionales del país... Cada huaca era un espíritu o un símbolo o una señal dejada por dios... Kusi Huallpa se inclinaba ligeramente ante cada huaca, mientras Chihuaku reverenciaba con actitud marcadamente humilde.» La emoción religiosa es exactamente la misma. ¿La tomó Aguirre Morales de Tibulo o quizás de Walter Pater, quien en su *Mario, el Epicúreo* hace uso de ese mismo rasgo para pintar un carácter parecido? No lo creo. Es que la naturaleza humana en las orillas del Tiber o del Támesis o del Rimac tiene la misma luz interior.

Los cinco príncipes ciegos, los Kuntis, son otros cinco Tiresias, que ven «como si tuviesen ojos en el corazón». Aquí hay enumeraciones, ristas de pueblos como en el *Mahábhārata*, como en la *Iliada*, como en el *Génesis*, como en las *Sagas* norsesas, como en el *Popol-Vuh*. Los mismos actos heroicos, los celos, las ternuras, las abnegaciones, la majestad, la abyección que nos han conmovido o asombrado, o repugnado en las obras del arte antiguo o de la Edad Media o de nuestros tiempos. Y aquel agorero signo de la decadencia de las razas o de los imperios que se nos muestra en el crepúsculo, de las civilizaciones que conocemos: el amor de Mallku y Amai. Es el amor griego, en la leyenda mítica y en la realidad histórica: Theognis y Kurno, Anacreonte y Cleóbulo, Píndaro y Teoxeno, Fidiás y Pantarkes, Eurípides y Agathon, Parménides y Zenón, Alejandro y Hefestión.

Amankai es la apasionada en el amor, en los celos y en la intriga, es una Du Barry venida de la provincia de los Chinchas a la capital de la corte real, como la otra, la bella intrigante de la corte de Luis XV.

Pero debo detenerme. He querido hacer ver que la poderosa inspiración de Aguirre Morales rompió la limitada cuenca de su propósito literario. El sentido íntimo de su obra es más pujante que ese transitorio intento de crear una estética de provincial americanismo. El Americanismo cesará de ser provincial cuando tal expresión sirva para designar el Nuevo Humanismo. El cual comporta un fondo y cordial interés por todas las cosas humanas, amor y expresión de todas las cosas humanas, sin distinción de continentes ni de razas. Cuando el mundo sienta en la realizada unidad espiritual de América la simpatía con que se comprenden todas las ideas, y se responde a todos los sentimientos y se adivinan todas las intuiciones, y se aprecia a todas las naciones, entonces el Americanismo, en vez de ser provincial, será el símbolo de una mejor Humanidad.

La obra de Aguirre Morales contribuye eficazmente a devolver a los Americanos el sentimiento de orgullo de llevar en sus venas sangre de naciones indígenas. Tales gentes fueron creadoras de civilizaciones, de ciencias, de artes, de industrias; domesticadores de animales y de plantas; descubridoras y conquistadoras; inventoras de religiones y filosofías, como en Asia, como en África, como en Europa. Nada más, pero nada menos. Va pasando el período de humillación que los Americanos experimentaban cuando se les echaba en cara su sangre indígena. Por lo demás, ¿quiénes son los americanos? En este poema de Aguirre Morales figura el nombre de Kunti dado a cinco príncipes;

pues bien, Kunti, es en el *Mahábhārata* el padre de los príncipes Pandavas; Panchacamac es nombre de una divinidad peruana y Panchajanya es el nombre de un gigante muerto por Krishna; Kuraca es funcionario de alta categoría entre los inkas y Kuru es el nombre de grande y noble linaje en el majestuoso poema indio. ¿Coincidencias? Son numerosísimas para pensarlo así. Esos nombres y muchísimos más señalan una misma fuente, misteriosamente guardada en lo que designan

R. Brenes Mesén

Northwestern University
Junio 20-22, 1928.

ALVARO MELIAN LAFINUR.—*Las nietas de Cleopatra*. Gleizer, 1927.

Este de Alvaro Melián Lafinur es libro de muchísimo agrado: palabra insípida, si pensamos que otras más caracoleantes y enfáticas ya son tradicionales en los elogios, palabra justa si consideramos que simboliza una realidad y que esta realidad es la que toda ficción debe apetecer.

Ningún arte *deshumanizado* —maquinación mortal de la bobería, de la esterilidad, del mal gusto dragoneando como siempre de distinción—el de estas vivientísimos cuentos, cómodos en la realidad, y en las que por un milagro no usual en las novelaciones contemporáneas, suceden cosas. Asómbrese el tantas veces malgastado lector: en este libro, junto a los supuestos goces del período armonioso y de la metáfora también le serán mostradas personas, riesgos, perplejidades del destino, ironías, certidumbres de la pasión, diálogos, aventuras. Las narraciones son de ambiente oriental de un Oriente sofisticado ya por Europa y por la bien nacida irreverencia criolla del escritor. La inevitable memorabi-

lidad y aparatosidad de tal escenario no le es, en momento alguno, un estorbo. Véase, por ejemplo, esta prelucción: Cuando Judith penetró en la tienda de Holofernes, éste se hallaba recostado sobre un montón de pieles, bajo un pabellón de púrpura tejido de oro, esmeraldas y otras piedras y se acariciaba, pensativo, la lengua barba peinada a la manera asiria (*página 168*). Esa aparente máquina de magnificencias resultará después un imperturbable comentario irónico de las demasiado humanas miserias que el escritor nos va a relatar.

Seis narraciones las del libro. Mis preferencias están con *La pólvora de plata*—la de Lady Clifford, señora no muy complaciente con las presunciones y descortesías negativas de una excesiva fidelidad conyugal—, con *Las nietas de Cleopatra*—la de Vera, otra correctísima pecadora—y, naturalmente con *Las niñas de Engadi*: narración patética. También con *Altair*, en que está respetada singularmente la dignidad de la pasión, del gran *porque sí*, del capricho humano.

Jorge Luis Borges

(Valoraciones. La Plata. R. A.)

La lección de Güiraldes

(Viene de la página 40)

leerse dos veces, y más. Y cuando nos acercamos a la última palabra, con el alejamiento definitivo de Don Segundo, ávido de caminos—él estaba hecho para irse siempre—sentimos un desprendimiento dentro de nosotros. La recia figura, camino adelante, persiste en nuestro pensamiento. Se ha dibujado con tanta precisión, ha herido de tal modo nuestra sensibilidad, que al querer revivirla, nos parece asistir otra vez al momento de su partida; maravillosa despedida que cierra este libro de oro de la literatura americana:

«Mi vista se ceñía enérgicamente sobre aquel pequeño mo-

vimiento en la pampa soñoliente. Ya iba a llegar a lo alto del camino y desaparecer. Se fué reduciendo como si lo cortaran de abajo en repetidos tajos. Sobre el punto negro del chambergo, mis ojos se aferraron con afán de hacer perdurar aquel rezago. Inútil, algo nublaba mi vista, tal vez el esfuerzo, y una luz llena de pequeñas vibraciones se extendió sobre la llanura. No sé qué extraña sugestión me proponía la presencia ilimitada de un alma.

«Sombra», me repetí. Después pensé casi violentamente en mi padre adoptivo. ¿Rezar? ¿Dejar sencillamente fluir mi tristeza?

No sé cuantas cosas se amontonaron en mi soledad. Pero eran cosas que un hombre jamás se confiesa.

»Centrando mi voluntad en la ejecución de los pequeños hechos, di vuelta mi caballo y, lentamente, me fui para las casas.

»Me fui, como quien se desangra».

Todo en este libro aparece de volumen superior a la realidad; la perspectiva de la pampa agranda los tamaños, como un cristal de aumento. Y la pampa está en el fondo de la obra, obsesionante como la inmensidad libre para el ímpetu de dominarla. Güiraldes fué otro do-

minador de la pampa, señora de tantos fracasos. Para comprenderla en su vastedad y en su misterio, era preciso más que amarla llevarla dentro de sí. Pero no fué un amor irónico el suyo: Don Segundo domando los potros, lleno de las sutilezas y mañas que le daba aquella consciencia de su oficio, alcanza el valor de un símbolo.

No necesitaba Güiraldes para su gloria haber escrito más libro que éste, ni sin él hubiera dejado de ser una gloria nuestra. Pero lo escribió para que no podamos borrar su nombre de nuestras admiraciones, y murió detrás de haberlo escrito, como quien se ha desangrado en su esencia.

Felix Lizaso

Tablero = 1928 =

De nuestro amigo Juan Marinello hemos recibido el folleto *Juventud y vejez*, que en parte reproduciremos en la entrega próxima, y con mucho gusto.

Referencias.—Yo creo que un artista puede dar a sus personajes todo el corte irónico que quiera, pero no reírse cínicamente de ellos. El *Emmanuel Quint* de Gerhart Hauptmann, por ejemplo, es una sátira sangrienta de la sociedad moderna como apenas se ha escrito otro desde muchísimos años. Hauptmann, no obstante, se abstiene de herir por simple placer de convencernos de su agudeza. Al final está allí frente al mundo de pequeñas miserias, con ojos grandes, abiertos, en los que casi parece que quisiera asomarse una lágrima.—*Cita de Rosa Luxemburg hecha por Julio Alvarez del Vayo*.

Pedro Henríquez Ureña ha encontrado (recuérdese su magistral conferencia sobre Alarcón) en la necesidad del movimiento la fórmula explicativa del teatro español; esta fórmula encuentra su desarrollo total y armonioso en la obra de Lope.—*Cita de José María Chacón y Calvo*.

El *Catedrático* de Derecho Internacional de la Universidad de Valladolid, Profesor de la Academia de Derecho Internacional de La Haya y Presidente de la *Sección de Estudios Americanistas* B. L. M. a su muy querido amigo, Joaquín García Monge y tiene el gusto de incluirle un ejemplar de su obra *F. de Vitoria, fundador del Derecho Internacional Moderno*, al propio tiempo que le participa, que en el próximo mes de no-

viembre saldrá para los E. U. invitado por la Dotación Carnegie, para estudiar en dicho país la política internacional norteamericana en los países de la América ibérica. Camilo Barcia Trelles aprovecha gustoso esta ocasión para reiterar a Ud. la seguridad de su más distinguida consideración y aprecio. Valladolid, 28 de mayo de 1920.

Saludamos la aparición de la revista *Contemporáneos*. Viene de México, D. F., ciudad de promisión. Corresponde a junio del año en curso y al primer número. Muy bien, muy bien nos parece *Contemporáneos*, nueva flor en la cultura mexicana. La editan Bernardo S. Castelum, Jaime Torres Bodet, B. Ortiz de Montellano y Enrique González Rojo. Como se ve, de la mejor gente nueva y estudiosa de México. ¡Perseveren, muchachos, perseveren! Y *Ulises*, ¿qué se hizo?...

Estamos recibiendo para la venta ejemplares de *Universidad*. Es *Universidad* un excelente semanario de ideas e incitaciones. Se edita en Bogotá. En él colaboran con frecuencia Sanín Cano, López de Mesa, Guillermo Valencia y tantos claros entendimientos como Colombia posee.

Los jóvenes estudiosos de por acá tienen una oportunidad más de allegarse a este otro instrumento de cultura que es *Universidad*. A \$ 0-50 el ejemplar, les ofrecemos el selecto semanario colombiano.

Señalamos estas obras que de los autores hemos recibido ultimamente y por las que les damos las más sentidas gracias:

Dimitri Ivanovith: *Tristeza en*

el mar. Cartagena, Colombia. 1928.

Arturo Capdevila: *Del infinito amor*. A la luz de los amores de Abelardo y Eloisa. Cabaut y Cia. Buenos Aires. 1928.

Genaro Estrada: *Episodios de la Diplomacia en México*. Imp. de la Secretaría de Relaciones. 1928.

Arturo Torres Riosco: *Gaspar Melchor de Jovellanos, poeta romántico*. Reprinted from REVISTA DE ESTUDIOS HISPÁNICOS. Tomo I, Num. 2. Abril-junio, 1928.

José Joaquín Caicedo Castilla (Calle 5 N.º 108. Bogotá.): *Conferencias de Derecho Internacional privado*. BIBLIOTECA DE ESTUDIOS JURÍDICOS Y SOCIALES. Vol. I.—Ediciones COLOMBIA. Bogotá. 1928.

R. Blanco Fombona: *Tragedias grotescas*. Novelinas de la fe, del amor, de la maldad y de la estupidez. EDITORIAL AMÉRICA. Madrid.

Camilo Barcia Trelles: *Francisco de Vitoria fundador del Derecho Internacional moderno*. Universidad de Valladolid. Sección de Estudios Americanistas. 1928.

E. de Salterain Herrera. *La casa grande*. Novela. Montevideo. 1928.

Martín Luis Guzmán: *El águila y la serpiente*. M. Aguilar, editor. Madrid.

Magníficas escenas de sangre y de estoicismo que dicen la fe heroica y regeneradora de todo un pueblo. Es un libro ejemplar.—*Ramón del Valle Inclán*.

Estas páginas rutilantes son una adquisición definitiva para la historia de nuestro martirizado México.—*Carlos Pereyra*.

Ernesto Morales (Vicente López. F. C. C. A. Buenos Aires): *Leyendas de Indias*. Quichuas, guaraníes, araucanas, calchaquíes. Buenos Aires. 1928.

Guillermo Díaz Playa (Boria, 17. Barcelona, España): *Epistolario de Goya*. Editorial Menta, S. A. Barcelona.

C. Villalobos Domínguez (Perú 1012, Buenos Aires). *La comunización de la propiedad de la tierra*. Buenos Aires, 1928.

Rafael Heliodoro Valle (Orizaba 192 A. México, D. F. México). *La anexión de Centro América a México*. (Documentos y escritos de 1821-1822. Tomo II. Publicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores. México, 1928.

VOLKSTUM UND KULTUR DER ROMANEN. Sprache, Dichtung, Sitte. Vierteljahrsschrift mit Unterstützung der Hamburgischen Wissenschaftlichen Stiftung herausgegeben vom Seminar für romanische Sprachen und Kultur an der Hamburgischen Universität. I. Jahrgang. I. Heft. Friederichsen, de Gruyter & Co. m. b. H. Hamburg.—1928.—8vo.—pp. 112.

(Mundo Latino y Cultura de las Naciones Latinas. Lengua. Arte de Versificar. Usos y Costumbres. Revista Trimestral editada con el apoyo del Legado Científico Hamburgo, por el Seminario de Lenguas y Cultura Latinas, Universidad de Hamburgo. Año I.—Fasc. I Hamburgo 1928).

Acabamos de recibir este importante órgano de publicidad que se edita cada trimestre bajo los auspicios de la conocida Universidad de la urbe hanseática y con la colaboración de los más eminentes sabios en el campo de investigaciones, las que tienden a dilucidar los múltiples problemas que giran alrededor del alma latina.

Nos concretamos esta vez a dejar transcripto el índice de los artículos, todos ellos bien nutridos y de la pluma de competentes colaboradores de la nueva revista la que, fuera de toda duda, encontrará entusiasta acogida en los círculos latinos, y, sobre todo, en el mundo hispano-americano.

Este primer número contiene las siguientes disertaciones:

«Acerca de la Realidad y la Comicidad en el Arte de Molière», por Walther Küchler. «Investigaciones Folklorísticas en el Sur de Francia», por Fritz Krüger. «Lenguas Secretas en Cerdeña» por Max Leopold Wagner. Y enseguida va una serie de reseñas bibliográficas de las mejores plumas en el campo de la románica.

Dirección: Schriftleitung «Volkstum und Kultur der Romanen». Romanisch. Seminar. Universität Hamburg. Hamburg, Alemania.

Una nueva edición acaba de hacerse de la famosa novela *Ifigenia* de Teresa de la Parra. Para la venta, hemos recibido varios ejemplares. Precio del ejemplar: \$ 6.00.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE. Número suelto:..... UN SOL. Apartado N.º 176. Lima, Perú

Revista Ariel

Autonomía Patria, Letras, Ciencias, Misceláneas.

Director: FROYLÁN TURCIOS. Aparece el 1.º y 15 de cada mes en cuadernos de 20 páginas. Tegucigalpa. Honduras Centro América

Nosotros

Revista mensual de Letras, Artes, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales Directores:

ALFREDO A. BIANCHI. - ROBERTO F. GIUST. Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO. Administrador: DANIEL RODOLICO. Oficinas: LIBERTAD N.º 747. Exterior..... \$ 8.00 dólares. BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA